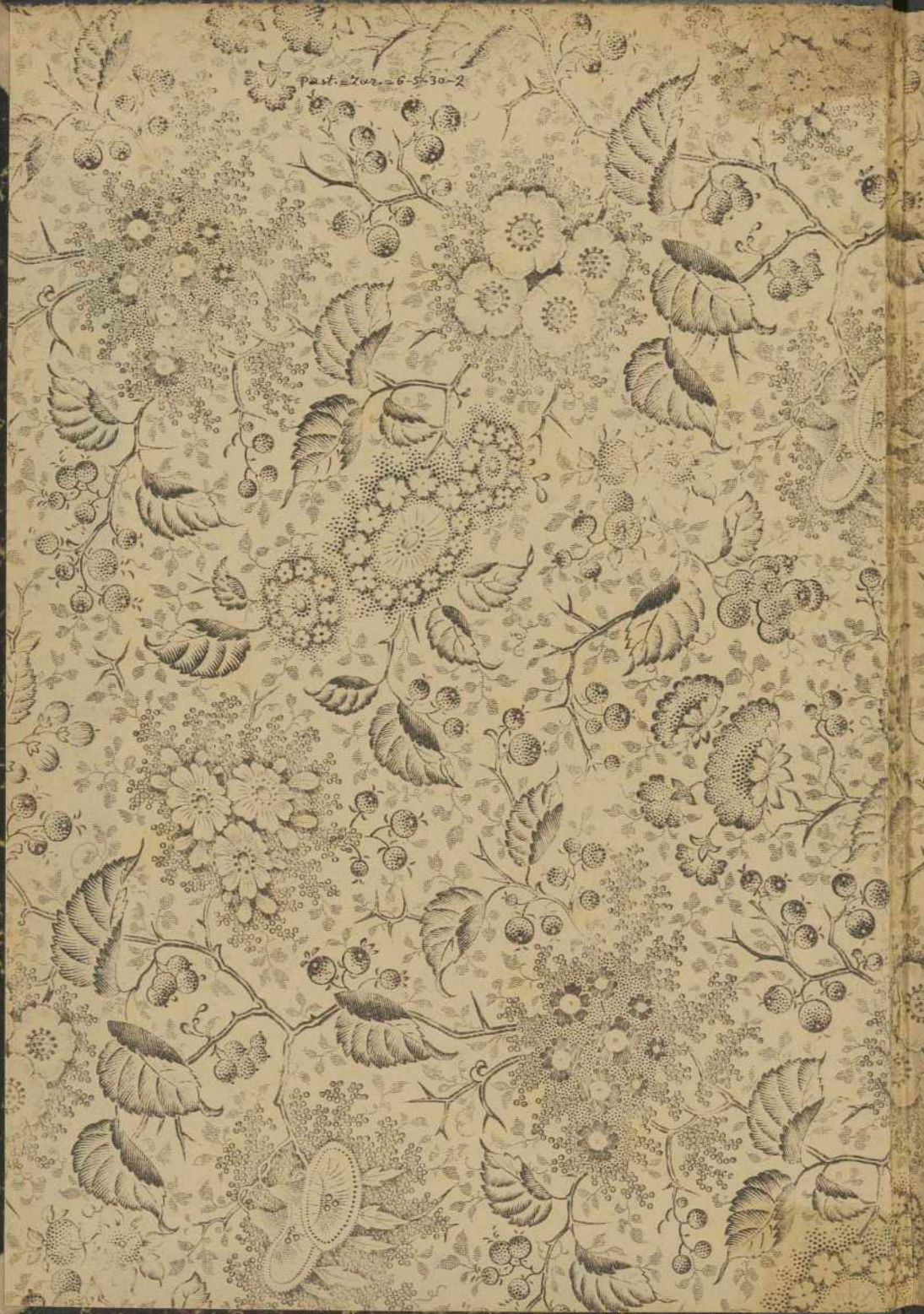
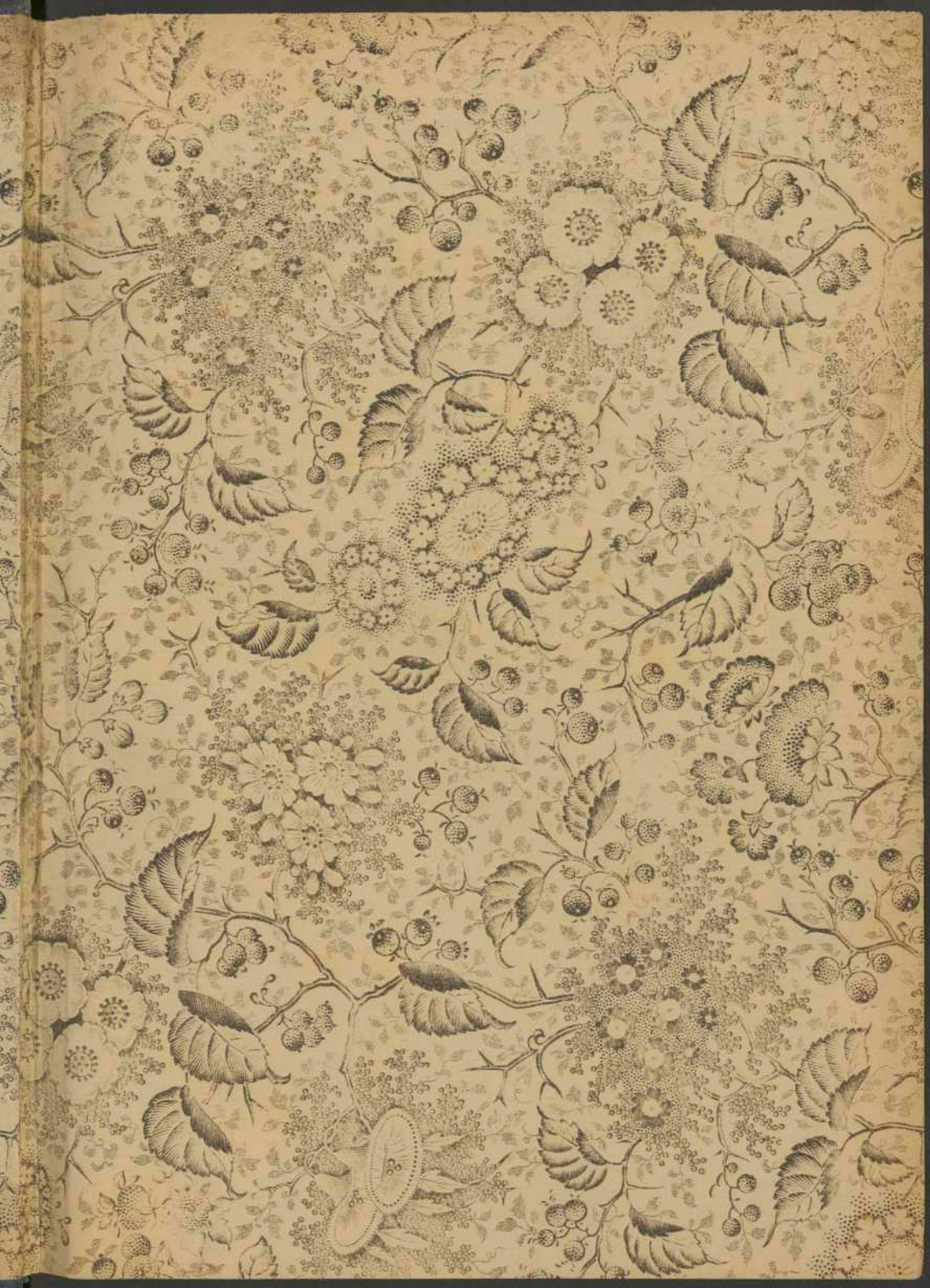
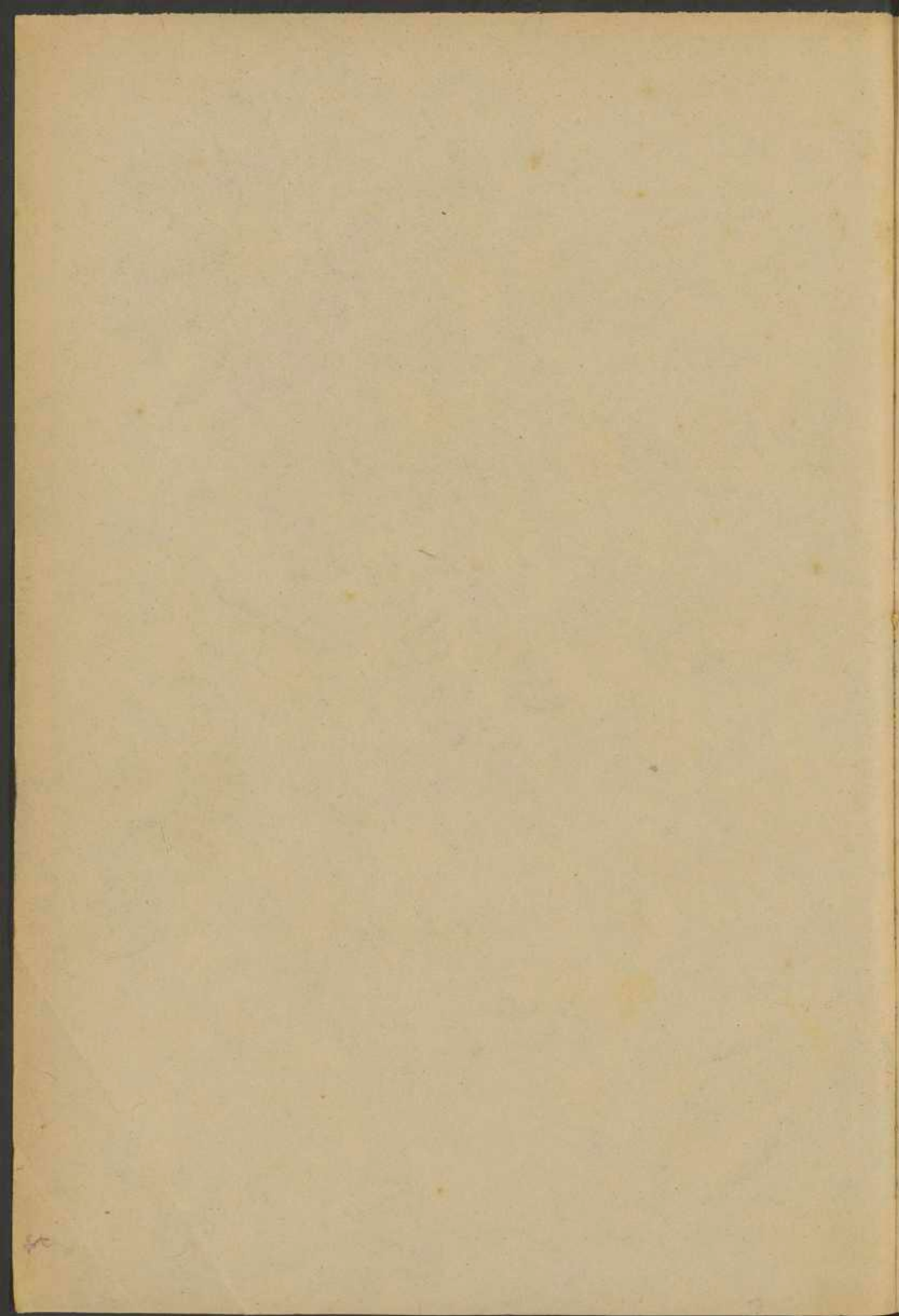




past-zur-6-5-30-2

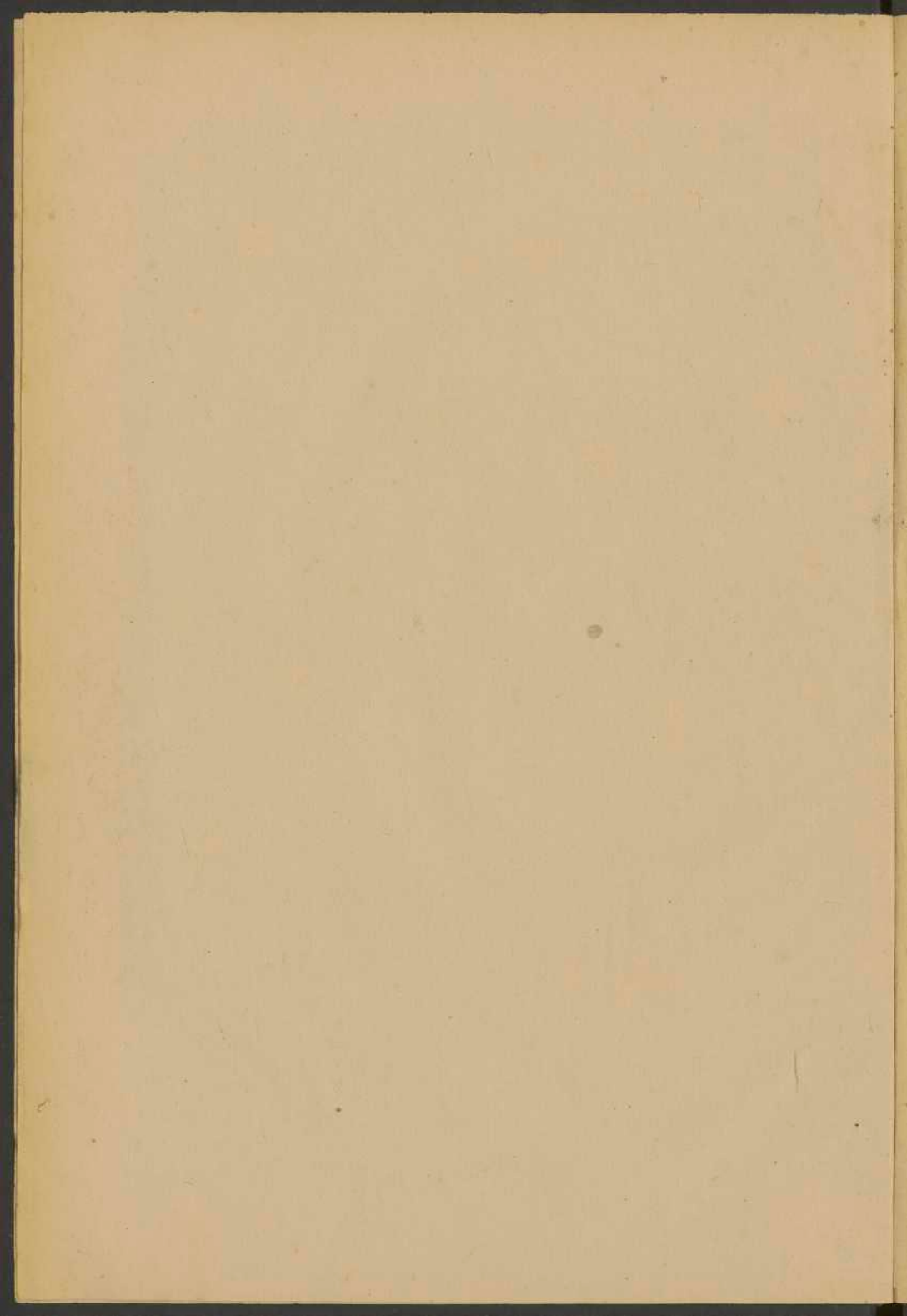






AM / 2060

Ref. n° 762



AM/2060

VELADA LITERARIA

VELADA LITTEARIA

VELADA LITERARIA

EN HONOR

del eminente Veterinario y Presidente de la Academia de las Ciencias de París

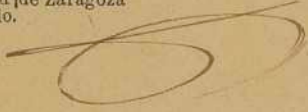
Mr. BOULEY,

VERIFICADA EL 13 DE MARZO DE 1886 EN EL CENTRO VETERINARIO ESCOLAR DE ZARAGOZA

PRESIDIDA POR EL ILMO. SEÑOR

D. Pedro Martínez de Anguiano,

Doctor en Medicina y Cirujía,
Director y Catedrático, por oposición, de Fisiología é Higiene
en la Escuela Especial de Veterinaria de Zaragoza;
Profesor Veterinario de primera clase; Perito Químico, Perito Agrimensor
y tasador de tierras; Caballero y Comendador de la Real y distinguida Orden
de Carlos III, Comendador de la Real y distinguida Orden Española de Isabel la Católica,
libres de gastos; ex-Segundo Mariscal de Caballería, por oposición;
Académico corresponsal de la Real Academia de Medicina de Madrid;
Sócio corresponsal de la Sociedad de Histología de Madrid; Sócio de Mérito, dos veces,
y Presidente de la Sección de Agricultura de la Real Sociedad Económica
Aragonesa de Amigos del País; Sócio corresponsal, y premiado con Medalla de Plata,
de la Real Sociedad Económica Matritense; Sócio corresponsal de las Reales
Sociedades Económicas de Amigos del País, Barcelonesa, Gaditana, Gerundense
y Leonesa; premiado con Medalla de oro y otras de plata y diplomas en las Exposiciones
Aragonesa y otras, por sus obras; Presidente honorario de las Asociaciones
Científico-veterinarias de Fraga, La Almunia y del Centro Veterinario Escolar
de Zaragoza; Sócio honorario de la Asociación Científico-veterinaria de Las Baleares;
Sócio corresponsal de la Sociedad Hispano-Portuguesa de Tolosa
en su sección científica; Sócio fundador y honorario de la Sociedad Madrileña
protectora de los animales y las plantas; Presidente del Comité
de la misma en Zaragoza; Sócio corresponsal de la Cruz roja;
Vocal de la Junta Municipal de Sanidad de Zaragoza
y del distrito Universitario.



ZARAGOZA

TIP. DE EMILIO CASAÑAL Y C.^a, CUATRO DE AGOSTO, 5

1886

VITALA LITERARIA

Vol. 1. No. 1. 1881.

Published by the

Author.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

1881.

INDICE.

	Página.
Discurso pronunciado por el Ilmo. Sr. D. Pedro Martinez de Anguiano, Presidente honorario del Centro Veterinario Escolar de Zaragoza.	6
Muerte de M. Enrique María Bouley.	14

DISCURSOS.

Discurso de M. Hervé-Mangón.—En nombre de la Academia de Ciencias.	24
Discurso de Mr. Milne-Edwards.—En nombre del Museo de Historia Natural.	30
Palabras de Adios pronunciadas por Mr. Fremy.—En nombre del Museo de Historia Natural.	34
Discurso de Mr. Camille Leblanc.—En nombre de la Academia de Medicina.	36
Discurso de Mr. Brouardel.—En nombre del Comité Consultivo de Higiene de Francia.	42
Discurso de M. Armand Goubaux, Director de la Escuela Veterinaria de Alfort.—En nombre de las Escuelas Veterinarias de Francia.	46
Discurso de M. Louis Passy.—En nombre de la Sociedad Nacional de Agricultura.	54
Discurso de M. A. de Quatrefages.—En nombre y como Vice-Presidente de la Sociedad de Aclimatación.	59
Discurso de M. Dumontpallier.—En nombre de la Sociedad de Biología.	64
Discurso de M. Andre Sansón.—En nombre de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria.	69
Discurso de M. Bizot (Veterinario principal).—En nombre de los Veterinarios del Ejército.	70
Discurso de M. Lefevre (del Havre).—En nombre de los Veterinarios prácticos.	72
Opinión de la prensa.	75
Carta de la Sociedad de Medicina de Angers.	80
Carta del Presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria practica.	81
Sociedad Central de Medicina Veterinaria.	84
Sociedad Central de Medicina Veterinaria. Sesión del 10 de Diciembre de 1885. Suscripción para erigir un monumento á la memoria de M. Henri Bouley.	87
Discurso pronunciado por D. Pedro Martinez Baselga.	89
Discurso pronunciado por D. Emilio Pisón y Ceriza.—Presidente efectivo del Centro.	94
Discurso de gracias pronunciado por el Presidente honorario del Centro Doctor D. Pedro Martinez de Anguiano.	98

OBRAS PUBLICADAS POR EL DOCTOR

Alm. Sr. D. Pedro Martinez de Angulano

Tratado de Carcinoma ungular en los solipedos y de sus medios curativos. Agotada la edición.

Recopilacion histórico-bibliográfica de la circulación de la sangre en el hombre y los animales, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, en el adulto y en el feto; con láminas; consta de 319 páginas. Ha sido premiada en las Exposiciones de Valladolid de 1871, en la Nacional de Madrid de 1873, en la Regional de León de 1877, en la Regional de Cádiz de 1879 y en la Aragonesa de 1885. Agotada.

Tratado de la Castración en todos los animales domésticos.

Tratado completo de Higiene comparada. Dos tomos. Contiene 1200 páginas. Ha sido premiada en las Exposiciones de Madrid, León, Cádiz y Zaragoza. Se vende á 15 pesetas en esta ciudad y 16,50 fuera.

Discurso del Doctorado en Medicina sobre la utilidad de la Higiene y medio de difundir sus preceptos. Agotada.

Tratado teórico-práctico de las enfermedades variolosas en el hombre y los animales domésticos. Precedido de algunas generalidades sobre las epidemias y epizootias. Ha sido premiado por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y en las Exposiciones de León, Madrid, Cádiz y Zaragoza. Agotada.

Memoria sobre la Glosopeda ó fiebre aftosa. Segunda Edición. Fué premiada en la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, y en las Exposiciones de León, Madrid, Cádiz, Protectora de animales y plantas, y en la de Zaragoza. Tiene 90 páginas. Su precio 1,75, y 2 pesetas fuera.

Compendio de Zootecnia ó Nociones sobre la Educación de nuestros animales domésticos. Agotada.

Memoria sobre una forma rara de Desviación menstrual. Agotada.

Monografía del Sanguifuelo y la Bacera en el ganado lanar y vacuno. Premiada por la Económica Aragonesa de Amigos del País, la Protectora madrileña de animales y plantas, y la de Zaragoza. Agotada.

Programa de Fisiología é Higiene, Mecánica animal y Aplomos, Capas ó pelos y modo de reseñar. Segunda edición. Se vende á 1,50 pesetas.

Tratado de la Cria, engorde y enfermedades del cerdo, Lepra, Triquina y su trasmisión al hombre. 164 páginas. Su precio 2,50 pesetas, y 3 fuera. Premiada en la Exposición Aragonesa de 1885.

Monografía de la caguexia Acuosa ó Comalic en los animales domésticos. 52 páginas. Se vende á 1 peseta y 1,50 fuera.

Memoria sobre la Sarna y su tratamiento curativo en el hombre y los animales domésticos. 192 páginas. Se vende á 3 pesetas y 3,50 fuera.

En la Exposición Aragonesa de 1885 y que el Jurado ocaba de ultimar sus trabajos en 3 de Abril de 1886, ha sido premiado por sus obras de Medicina humana y Medicina veterinaria con la *Medalla de primera clase ó sea Medalla de Oro.*

DISCURSO

pronunciado por el Ilmo. Señor

D. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO,

PRESIDENTE HONORARIO

DEL CENTRO VETERINARIO ESCOLAR DE ZARAGOZA

SEÑORES:

Para dar una débil prueba de mi cariño á los dignos Socios del Centro Veterinario Escolar de Zaragoza, y, especialmente, á su Junta directiva, que tan acertadamente preside el aventajado y aplicadísimo alumno del quinto grupo de la Facultad de Medicina humana y Veterinaria de esta capital D. Emilio Pisón y Ceriza, vengo á presidir esta sesión extraordinaria ó velada literaria, en honor á la memoria de Mr. Bouley.

Por si hubiere alguno que ignorase quién era Mr. Bouley, voy á tener el placer de dárselo á conocer en pocas palabras.

Enrique María Bouley era un francés, un parisien. Nació en París el día 16 de Mayo de 1814. Su padre, Veterinario acreditado en París, y su madre, mujer muy distinguida. Tuvieron tres hijos, dos varones y una hembra, y se esforzaron en darles una esmerada educación. El primogénito, se dedicó á la Medicina humana y llegó á ser un Médico distinguido de los hospitales de París, del cual sus numerosos discípulos hablan todavía hoy con respeto y admiración.

El segundo, después de bien preparado ingresó como alumno interno en la Escuela veterinaria de Alfort (á dos leguas de París), el 16 de Octubre de 1832, Es decir; á los 18 años de edad: ¡hermosa edad para empezar á cursar una ciencia tan vasta y compleja, como es la Medicina veterinaria!

Durante su carrera fué, por su gran aplicación y clara inteligencia, alumno laureado (premiado), obteniendo sucesivamente los cuatro primeros premios.

En 1836 recibió el diploma (título) de Veterinario y volvió al hogar paterno donde, bien á pesar suyo, se entregó al ejercicio práctico de la profesión, al lado de su padre.

El 26 de Agosto de 1837 quedó vacante la plaza de Jefe de servicio de la Cátedra de Clínica de la Escuela de Alfort, por haber perecido ahogado en el Sena (1) M. Maillet, estando bañándose.

El 16 de Octubre siguiente se presentó Bouley á

(1) Río caudaloso de París.

oposición á la referida plaza, superó á todos sus competidores y se le adjudicó por Decreto ministerial de 1.º de Noviembre.

En 15 de Abril de 1839 volvió á presentarse á oposición, aventajó á todos sus coopositores, y le dieron la plaza de suplente de la Cátedra de Clínica y de los cursos de Cirujía, arte de herrar y de jurisprudencia comercial.

En 1.º de Octubre de 1845 fué nombrado, sin oposición, Profesor titular ó numerario de esta Cátedra, la que desempeñó hasta Enero de 1886.

En 6 de Enero de 1886 fué agraciado con el nombramiento de Inspector general de las Escuelas veterinarias de Francia con residencia en París, lo fué directamente sin haber sido Director de ninguna de ellas, lo que no había sucedido nunca. Este cargo lo desempeñó hasta su muerte.

Ha sido Miembro de la Academia de Medicina y su Presidente en 1865; Profesor de Patología comparada en el Museo de Historia Natural; Miembro de la Sociedad Central de Agricultura de Francia; Miembro y Presidente de la Academia de Ciencias de París, de la Sociedad de Biología, de la Sociedad de Aclimatación, de la Sociedad Nacional y Central de Medicina veterinaria, que fué su Secretario general, etc., etc.

Fué fundador y redactor en jefe del «Recueil de Médecine veterinaria,» periódico principal de la Veterinaria en Francia, que se publica dos veces al mes en forma de folleto. En el año de 1885 era Presidente de la Academia de Ciencias, en cuyo sillón presidencial la fiera par-

ca cortó el hilo de su preciosa existencia. Publicó muchas monografías y folletos. El 56 empezó la publicación con otros colaboradores del nuevo Diccionario de Medicina, Cirujía é Higiene veterinaria, del que van publicados 13 tomos.

Desempeñó varias comisiones en Francia y en el extranjero, todas con el mejor acierto, por las que fué felicitado por el Gobierno.

Desde hace tres años era Comendador de la Orden Nacional de la Legión de Honor. (La condecoración más distinguida en Francia.)

Tal fué Bouley, á quien todos los amantes de la ciencia veterinaria, á que nos honramos pertenecer, lloramos, porque su pérdida deja un vacío muy difícil de llenar.

Por si acaso hubiese alguno que dijese hemos venido á honrar la memoria de un francés, me adelanto á constatarle que no, de ningún modo.

En materia del amor pátrio concedo á todos y cada uno de los españoles tanto como el mio, pero más á ninguno.

Y como la ciencia no tiene pátria sino que es patrimonio del hombre, y como éste es cosmopolita, puede por su inteligencia acomodarse á vivir en todas las partes del globo terráqueo; bajo el punto de vista científico, pues, no hay naciones, pirineos, aduanas, fronteras ni puertos.

Donde quiera que hay un invento, un descubrimiento, un adelanto un progreso, y, en una palabra, una verdad científica, allí reporta, en último resultado, una

ventaja para la humanidad. Pues bien; siendo como somos hermanos todos los hombres, cuando hay un adelanto científico cualquiera nos importa muy poco que lo haya hecho un africano, un americano, un asiático, un europeo ó un habitante de la Oceanía, pues al fin redundará en beneficio del hombre que es el rey y señor de todo lo criado.

Es muy cierto que, si, en igualdad de circunstancias, el invento ó mejora recayese en un español, sería para nosotros el colmo de la satisfacción; pero no porque le haya producido un extranjero le hemos de escatimar nuestros desinteresados plácemes y nuestras cordiales pruebas de agradecimiento y de cariño.

Mas, volviendo á nuestro principal objeto, que es daros á conocer quién era Mr. Bouley, permitidme para contestar que os exponga las observaciones siguientes:

Si de las cinco partes del mundo que habitamos se dice, y con razón creo yo, que la Europa es la más civilizada; si de las diversas naciones de Europa se coloca en primera línea la Francia; si de ese gran cuerpo que constituye la Francia se considera á París como su cabeza, y si de la multitud de corporaciones sábias de París, la superior en categoría es la Academia de las Ciencias; mas si esta docta Academia, por la unanimidad de los sufragios de sus miembros, ha colocado en el sillón presidencial á Mr. Bouley, deduzco, en consecuencia, que Mr. Bouley, siendo Presidente de tan sabia Sociedad, era al morir, oficialmente, el primer sabio del mundo.

Además, como M. Bouley no poseía más títulos académicos que el de Veterinario, entiendo yo, que, oficialmente considerado, un Veterinario estaba en el año 1885 á la cabeza de todos los sábios del mundo. ¡Honor y gloria, pues, al eminente Veterinario que por sus méritos y virtudes ha sabido elevarse paso á paso hasta llegar á ocupar el pináculo de las ciencias!

¿Queréis saber porqué siento tanto la muerte de este varón ilustre, que deja nuestra profesión en la orfandad? Pues prestadme un poco vuestra benévola atención.

Tres veces tan solo he tenido relación con el inmortal Mr. Bouley, dos por escrito y una verbal.

Era el año 1867 y sin conocerle más que por la lectura de los tomos de su Diccionario, á que estaba suscrito me atreví á escribirle pidiéndole permiso para traducir al castellano y publicar su artículo Castración. A vuelta de correo me contestó que era muy dichoso en acceder á mi súplica, por cuyo medio sus doctrinas se difundirían entre los Veterinarios de la Península, y cuya carta está impresa en la página tercera de mi *Tratado de la Castración en todos los animales domésticos*.

En 1878 fuí comisionado por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País para que fuese á París á estudiar la Exposición Universal que en dicha capital se efectuaba, y, principalmente, para que asistiese á las conferencias del Congreso Agrícola del Palacio del Trocadero.

El día 8 de Agosto fuí á visitar la Escuela veterinaria de Alfort, en cuyo día se hallaba Bouley presidiendo el

tribunal de oposiciones á una plaza de Jefe de servicio de Física y Química y Farmacia.

Quise saludar al Director Mr. Reynal y á Bouley, Inspector general de las Escuelas veterinarias y me contestaron no podían salir del tribunal, mandando á Mr. León Janet, joven alumno pensionado que había terminado la carrera en Junio último, pero que no podía abandonar la Escuela hasta que volvieran los escolares á principiar el nuevo curso, y Mr. Camilo Vignardou, opositor á la plaza que estaban actuando y que luego fué agraciado con ella.

Mientras visitamos el Manicomio de Charenton, Mr. Bouley marchó á París dejándome en la dirección de la Escuela una tarjeta diciéndome, tendría sumo placer en recibirme aquella noche ó al día siguiente en su casa.

Al otro día fuí á la calle de los Santos Padres, número 81, y me dijeron estaba en el número 61 de la misma calle en casa de su hijo el Dr. Paul Bouley, también Veterinario á cuya casa me dirijí.

Me recibió con la mayor cordialidad y me dió satisfacción cumplida y cariñosa por no haberme podido ver en la Escuela.

A las diez del día inmediato tuve el honor de ser visitado por aquella lumbrera científica en el hotel de Inglaterra en que me hospedaba, calle de Momtmartre, número 56.

En Diciembre de 1880 recibí una carta firmada por Mr. Bouley, Inspector, y Reynal, Director, para que fuese á presenciar el acto solemne de colocar sobre su

pedestal la estatua del insigne Claudio Bourgelat, el fundador de las Escuelas de veterinaria en Francia, é indirectamente de todo el mundo, puesto que de aquellas resultaron las que después se fundaron en las demás naciones, ó que mandase una comisión.

A su atenta carta contesté dándoles las gracias y diciéndoles que no me era posible asistir en persona ni mandar una comision, como se me rogaba, por hallarnos en pleno curso y no poder abandonar la población ni la Nación sin permiso oficial.

La estatua de Bourgelat la habia visto en la Exposición, en el Parque del Trocadero; es de cuerpo entero, de mármol blanco, extraido de las canteras famosas de Saint-Beat, alto Garonna, cerca del Pirineo Central. Fué construida por el escultor Crauk, mide dos metros de altura, talla exigida por el Director Reynal para que sus dimensiones correspondiesen al emplazamiento destinado en el gran patio de la Escuela de Alfort. Su coste fué de 18.000 francos, solo la estatua. Tambien habia visto el pedestal del mismo mármol para colocar sobre él la referida estatua de Bourgelat. ¡Así premió la Francia al ilustre fundador de las Escuelas de veterinaria!

He aquí señores descritas las relaciones que tuve con M. Bouley á quien queria entrañablemente y admiraba por su gran talento y por sus cualidades dignas de imitación.

¡Qué podré yo decir de varón tan grande, por mi cuenta, que no sea pálido y débil despues de tanto y tan bueno como en el ácto de su sepelio han dicho sus sá-

bios compañeros, consócios y amigos y que me he tomado el trabajo placentero de traducir para dárselo en esta velada y para que en nuestro país se conozca hasta donde llegó un veterinario instruido? ¿Que podré decir, repito, de él? Solo estas frases cristianas. ¡Querido Bouley, eminente colega, Dios haya recogido tu alma en su santo seno! ¡Descansa en paz infatigable campeón de la veterinaria! ¡Dios quiera que tu noble conducta y tu leal proceder, dentro y fuera de la profesión, tengan muchos imitadores!

HE DICHO.

Grandes y prolongados aplausos.

Muerte de M. Enrique María Bouley.

El representante más eminente de la Medicina veterinaria, el jefe incontestable de la Profesión, el que todos nosotros llamábamos *Maestro* Henri María Bouley acaba de morir.

Presidente de la Academia de Ciencias, antiguo Presidente de la Academia de Medicina. Miembro de la Sociedad Nacional de Agricultura. Profesor de Patología comparada en el Museo de Historia Natural. Inspector general de las Escuelas veterinarias. Comendador de la Legión de Honor, etc., etc.

Bouley ha ganado y recorrido paso á paso todos los grados de la escala social, obtenido todos los honores y revestido todas las dignidades.

De todos sus títulos á los que tenía más cariño y quería conservar mejor hasta el último día, á escepción del de «Patrón» que le agradaba oírsele dar por sus antiguos discípulos, eran los de Secretario general de la *Sociedad central de Medicina veterinaria*, que pierde

en él el último de sus miembros fundadores, y el de Director del *Recueil de Medicina veterinaria*; que ha redactado sin interrupción cerca de 50 años.

Esto quiere decir que, ante todo, Henri Bouley era veterinario y también que nunca ha querido ser otra cosa; por eso á los ojos del gran público no se veía en él más que al veterinario que cada día marchaba á una conquista nueva, elevándose paso á paso á los lugares más encumbrados de la consideración pública.

«En 50 años, nos decía recientemente M. Pasteur, os ha hecho ganar un siglo; sus años de trabajo se pueden contar dobles.»

Todo lo que se puede decir con motivo de esta pérdida irreparable, puede reasumirse en esta frase del juicio más autorizado, de su colega ilustre de quien monsieur Bouley había querido ser el discípulo más ardiente, él, que desde hacia mucho tiempo se contaba entre los maestros.

La Profesión veterinaria no olvidará jamás lo que debe á esta alma elevada, á este espíritu eminente, á este corazón siempre joven y «generoso hasta la prodigalidad» á este «conquistador por la palabra» á este encantador, que no dejaba la cátedra del profesor ó la tribuna del académico sino para continuar desde lo alto de esa otra tribuna, la *Crónica del Recueil*, para difundir la buena nueva, á ese apóstol entusiasta de todos los descubrimientos de la ciencia.

Este periódico, que el no había dejado desde su nacimiento á la vida científica y profesional, el se había de-

vuelto el alma; tan solo en el último momento, cuando su mano impotente se rehusaba á conducir la pluma es cuando se resignó á confiar á otro la pesada tarea de continuar esas *Crónicas* que despues de 15 años el habia puesto lo mejor de sí mismo. Desde este día él se habia sentido herido de muerte, y, aún así, decia que esto no era más que un simple *interin* que cesaria en breve tiempo; su buena sonrisa tenia alguna cosa de afflictivo y desconsolador que enloquecia con sus palabras tan claras que involuntariamente las lágrimas corrian de nuestros ojos. ¡Ay de mí! El éxito ha justificado bien pronto sus tristes previsiones y la redaccion del *Recueil* es en primer lugar la que cruelmente acaba de ser herida dolorosamente.

M. Bouley era por sí solo todo el *Recueil*; si ninguno de nosotros tiene la confianza ni la ambicion de reemplazarle, por lo ménos cada uno está dispuesto á contribuir en la medida de sus fuerzas á continuar su obra, á dar á su periódico un poco de la vida, del interés y de la utilidad que habia sabido infundirle á tan alto grado,

Nuestros lectores nos permitirán, de buen grado, que consagremos el último número del año 1885 á la memoria de Aquel que sin cesar ha gastado sus fuerzas durante cerca de 50 años.

Nosotros estamos demasiado cerca del fatal suceso para estudiar como se merece la obra científica del gran *Maestro*; nosotros la trataremos así que nos hallemos un poco más tranquilos, cuando hayamos entrado en posesión de nosotros mismos.

Por hoy, nos limitaremos á reunir en una especie de *Libro de oro*, que conservará piadosamente su familia, sus discípulos y sus amigos, las manifestaciones más brillantes de los sentimientos unánimes que ha causado esta pérdida irreparable.

En la noche del 29 al 30 de Noviembre es cuando se extinguió, para siempre, después de una larga y dolorosa agonía M. Henry Bouley.

El mismo día la Academia de Ciencias celebraba su sesión hebdomedaria, (semanal); desde el principio de la sesión el Vice-presidente, M. el Almirante Jurien de la Graviere anunció á la Academia la muerte de su Presidente M. H. Bouley con una voz entrecortada por los sollozos.

«El recordó la carrera tan bien cumplida de M. Henry Bouley, su entera abnegación por la ciencia y el generoso ardor con que ha contado desde largo tiempo entre los grandes maestros; se hizo discípulo de un consocio ilustre, del que la Academia vió, mortalmente herido ya, por una enfermedad que su experiencia juzgaba sin debilidad, saludar con una admiración cariñosa el reciente y grande descubrimiento.»

La sesión se levantó inmediatamente en señal de duelo.

El día siguiente, martes 1.º de Diciembre, la Academia de Medicina debía tener sesión hebdomedaria; el Presidente, M. Bergeron anunció en estos términos conmovidos la muerte de M. H. Bouley.

«SEÑORES:

»Yo tengo el doloroso deber de anunciar á la Academia la muerte de M. Bouley; nuestro eminente colega ha sucumbido en la noche del domingo al lunes, después de largos días de sufrimiento. Hace menos de un año nada parecía anunciar que esta constitución vigorosa, tan bien equilibrada, hubiese recibido el menor ataque, y el ardor con que intervenía en las discusiones de la Academia eran testimonio de que esta inteligencia tan notable, este espíritu siempre tan despejado y siempre tan alerta no habían perdido nada de su vigor.

»Hace pocas semanas estaba todavía entre nosotros y presidía la Academia de Ciencias; pero entonces llevaba ya en su fisonomía la huella de los sufrimientos que le atormentaban.

»Con todo eso, nada hacía aun presagiar un desenlace tan próximo. Pero la enfermedad de que estaba atacado dispone á los enfermos, y á los que les cuidan, á estas terribles sorpresas, y en medio de las más penosas alternativas de menos mal y de peor es como nuestro colega se ha extinguido.

»M. Bouley había conquistado por sus trabajos y por su enseñanza un lugar eminente en el sitio de los sabios y también había alcanzado el supremo honor que puede ambicionar un sabio francés, la Presidencia de la Academia de Ciencias; pero había asimismo conquistado, por su benevolencia y por su cordialidad, un bien precioso, el aprecio de todos los que le trataron de cerca.

»Otros dirán y dirán mejor que yo lo podría hacer, lo que ha sido su enseñanza clínica en la Escuela de Alfort, qué progresos le ha proporcionado, qué mejoras ha introducido, como Inspector general de las Escuelas veterinarias, en la Dirección general de los estudios; otros dirán también, qué inmensos servicios ha prestado al país por las medidas sanitarias prescritas por su iniciativa y que deteniendo los progresos de las más terribles epizootias han preservado á nuestros agricultores de los desastres que han afligido á la mayoría de las otras naciones de Europa; otros, en fin, recordarán el ardiente é insaciable amor del progreso de que ha estado animado toda su vida, y que en estos últimos tiempos había sido el apóstol más convencido y el más entusiasta de las nuevas doctrinas, de las de nuestro ilustre colega M^usiur Pasteur.

»Por mi parte, me limitaré á decir que la muerte de M. Bouley deja en nuestras filas un vacío, bien difícil de llenar en el día de hoy, y cuando yo me explico así, no solamente quiero hacer alusión á sus vastos conocimientos especiales; yo quiero hablar, sobre todo, de la parte tan brillante y tan útil que ha tomado en todas las grandes discusiones que han tenido lugar en este recinto, sobre la Fisiología y la Patología comparadas.

»Yo creo, pues, responder al sentimiento unánime de la Academia, diciendo que ella pierde en M. Bouley, uno de los hombres, que después de un cuarto de siglo, han echado sobre sus trabajos el mayor resplandor.

»Las exequias tendrán lugar mañana al medio día,

y yo no dudo que la mayor parte de nuestros colegas se unirán á la Comisión y á la Delegación oficial para rendir á nuestro desgraciado consócio los últimos honores.

En señal de duelo yo propongo levantar la sesión. (1)
(Señales unánimes de asentimiento.)»

*
* *

Las exequias de M. Henry Bouley se han celebrado el miércoles 2 de Diciembre, en medio de un concurso inmenso.

El coche fúnebre desaparecía bajo las coronas remitidas de todas partes, y entre las cuales resaltaban las ofrecidas por el Cuerpo de enseñanza y los alumnos de cada una de las tres Escuelas Veterinarias de Alfort, Lyon y Tolosa, por el Museo de Historia Natural, por el Cuerpo de veterinarios militares y por diversas Sociedades Veterinarias.

Los honores militares correspondientes al Comendador de la Legión de honor, se han rendido en la casa mortuoria, por un batallón del regimiento de Infantería de línea número 36, con bandera y la música.

Las cintas del féretro eran llevadas por:

M. M. el Almirante *Jurien de la Graviere*, Vice-presidente de la Academia de Ciencias;

Herve-Mangon, antiguo ministro de la Agricultura;

(1) Bulletin de l'Academie de Medecine, 1.º de Decembre de 1885.

Fremý, director del Museo de Historia Natural;
C. Leblanc, miembro de la Academia de Medicina;
Tisserand, director de Agricultura;
Chauveau, director de la Escuela Veterinaria de Lyon;
Louis Passi, secretario general de la Sociedad nacional de Agricultura;

André Sanson, presidente de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria.

El duelo era presidido por M. el doctor *Paul Bouley* y por el doctor *Meuriot*, hijo y yerno del difunto.

Iban en seguida:

El Instituto, representado por M. Bertrand, Secretario perpétuo de la Academia de Ciencias, y por una numerosa delegación, entre la cual se notaba á M. M. Paul Bert, Berthelot, Blanchard, Charcot, Chatin, Daubrée, Debray, Milne-Edwards, general Favé, Charles-Garnier, barón Larrey, de Lessésp, almirante Mouchez, Almirante París, Pasteur, Peligot, Camille Rousset, Leon Say, Jules Simón, Vulpian, etc.

La Academia de Medicina, casi toda entera, llevando á la cabeza á M. Bergeron, presidente; M. Frelat, vice-presidente; M. J. Beclard, Secretario perpétuo y M. A. Proust, secretario.

Los Profesores y Ayudantes naturalistas del Museo de Historia Natural.

El *Comité Consultivo de las Epizootias*, teniendo á su cabeza su presidente.

M. Teisserenc de Bort, antiguo ministro de Agricultura y de Comercio, vice-presidente del Senado.

El *Comité Consultivo de Higiene de Francia*, representado por M. Brouardel su presidente, y la mayor parte de sus miembros.

La *Sociedad Central de Medicina Veterinaria*, toda entera.

La *Sociedad nacional de Agricultura de Francia*.

La *Sociedad de Biología*.

La *Sociedad de Aclimatación*.

La *Sociedad de Medicina pública y de Higiene profesional*.

La *Escuela Veterinaria de Alfort*, profesores, empleados y alumnos,

M. M. los profesores Arloing y Peteaux, representando con M. Chauveaux, director, la *Escuela Veterinaria de Lyon*.

M. C. Baillet, director de la *Escuela Veterinaria de Tolosa*, representando esta Escuela.

M. M. Capon, Hedieux y Bizot, veterinarios principales de primera clase, Miembros de la *Comisión de Higiene Híppica*, seguidos de todos los veterinarios militares pertenecientes á las guarniciones de París, Vincennes y Versalles, y de un gran número de otros pertenecientes á las guarniciones más lejanas.

En fin, una enorme afluencia de amigos y de veterinarios de París y de la provincia.

La mayor parte de las *Sociedades y Asociaciones* de Francia se habían hecho representar por muchos de sus Miembros ó por delegaciones especiales.

Después del servicio religioso, celebrado en la Igle-

sia de Santo Tomás de Aquino, el cortejo fúnebre se ha dirigido al cementerio Montparnasse, donde los discursos se han pronunciado por

M. M. *Hervé-Magnon*, en nombre de la Academia de las Ciencias;

Milne-Edwards y *Fremy*, por el Museo de Historia Natural;

C. *Leblanc*, en nombre de la Academia de Medicina;

Brouardel, en nombre del Comité consultivo de Higiene de Francia;

Arm-Goubaux, en nombre de las Escuelas Veterinarias;

Louis Passy, en nombre de la Sociedad Nacional de Agricultura;

De Quatrefages, en nombre de la Sociedad de Aclimatación;

Dumontpallier, en nombre de la Sociedad de Biología.

André Sanson, en nombre de la Sociedad Central de Medicina veterinaria;

Bizot, Veterinario principal, en nombre de los veterinarios del Ejército;

Leferriere (del Havre), en nombre de las Sociedades y Asociaciones veterinarias de Francia.

A las cuatro horas todo había terminado y la concurrencia se dispersaba bajo la impresión de esta imponente ceremonia, digna del sábio y del hombre que deja detrás de si tan conmovedores sentimientos.

DISCURSOS.



Discurso de M. Hervé-Mangon

En nombre de la Academia de las Ciencias,

SEÑORES:

La Academia de las Ciencias, tan frecuente y tan cruelmente herida desde hace algunos meses, está presa de un nuevo duelo.

Nuestro excelente cofrade M. Henri Bouley, ha sucumbido, víctima de la enfermedad contra la cual nosotros le habíamos visto luchar tan valerosamente, para ocupar, hasta el último día, por decirlo así, el sillón de la presidencia, al cual le habían llamado nuestra estimación y nuestro cariño.

Henri-María Bouley, nació en París, el 17 de Mayo de 1814; tenía á penas 23 años cuando fué nombrado Jefe de servicio de los hospitales de la Escuela Veterinaria de Alfort. En 1839 se le nombró Profesor suplente y en 1849 fué nombrado titular del curso de Patología quirúrgica y de Manual operatoria. Él ocupó ésta cátedra con la mayor distinción hasta 1866, fecha de su promoción al grado elevado de Inspector general de las

Escuelas Veterinarias, cuyas funciones ha conservado hasta el día de su muerte.

La importancia de los trabajos de Bouley, le valió el honor de ser elegido, en 1868, miembro de la Academia de Ciencias, en la sección de Economía rural, en reemplazo de M. Rayer. Él recibió la Cruz de Comendador de la Legión de honor en 1881, de las manos de M. Devés, Ministro de Agricultura del Gabinete de M. Gambetta. En fin: á la muerte de Claudio Bernard, fué nombrado en el Museo de Historia natural, Profesor de un curso de Patología comparada.

Jamás Carrera consagrada á la ciencia veterinaria y á las grandes cuestiones de la higiene de los animales, tan importantes para la Agricultura nacional, fué más brillantemente ni mejor desempeñada que la de nuestro desgraciado consocio. Este no es el lugar ni el momento oportuno de recordar en detall los trabajos y los numerosos escritos de Bouley; pero yo no sabría dispensarme de citar algunos de sus títulos al reconocimiento de los sábios, del cuerpo veterinario todo entero y de la Agricultura francesa.

A la época en que nuestro querido Cofrade entró en la carrera de la enseñanza, el muermo era muy mal conocido, su causa primitiva era ignorada. El jóven sábio dio los medios de establecer el diagnóstico cierto de la enfermedad, señalando la presencia de ulceraciones características bajo el repliegue del ala interna de la nariz; en fin, él hizo ver que el muermo podía ser espontáneo, bajo la influencia de una nutrición insuficiente y de un

trabajo exagerado. Después de estos descubrimientos, los hombres puestos en guardia contra el peligro del contagio, han escapado á los ataques de esta terrible enfermedad; y los animales, cuidados de un modo más racional, son en la actualidad ménos atacados.

La perineumonia de los grandes rumiantes es uno de los más temibles azotes de la Agricultura. Nombrado miembro de la Comisión encargada en 1850, de estudiar esta enfermedad, Bouley dió en un informe la demostración cierta del caracter contagioso de esta afección y sentó desde ésta época el principio de los medios administrativos que permiten combatirla en el día de hoy con tan buen éxito.

En 1865, una enfermedad desconocida hacía grandes estragos en Inglaterra en los animales rumiantes; Bouley fué comisionado por el Gobierno para ir á estudiar sobre el mismo territorio la causa del mal. El mismo día de su llegada al suelo británico, reconoció que esta enfermedad tan mortífera no era otra que el tífus contagioso del ganado vacuno. Él informó por el telégrafo, al Gobierno francés, señala la inminencia del peligro, indica las medidas que deben adoptarse con urgencia para evitarle y llega, por su perspicacia y su energía, á preservar nuestro país de un azote que hizo perder á la Inglaterra y á la Holanda cerca de 500.000 cabezas de ganado vacuno.

A consecuencia de muchas misiones desempeñadas en las regiones donde reinaba el tífus contagioso, Bouley demuestra, por una parte, que ésta enfermedad, ori-

ginaria, de las estepas de la Europa Oriental, no se desarrolla nunca espontáneamente en la Europa Occidental, donde no puede ser introducida más que por la vía del contagio; y por otra parte, que en todos los países de ésta última región de la Europa se está siempre seguro de detener los estragos del tífus si se sabe ahogar, por medio de los sacrificios hechos á propósito, los focos del contagio por todas partes donde ellos tienden á encenderse. Estos hechos bien establecidos han servido de bases á las medidas sanitarias que hasta el presente nos han preservado de los estragos de esta horrorosa calamidad.

Preparado por sus estudios de las enfermedades contagiosas y por sus numerosas comisiones, Bouley ha sido uno de los principales autores de la reforma de nuestra legislación sobre la Policía sanitaria de los animales. Se le deben á él un gran número de informes y de documentos oficiales sobre esta materia.

Jamás la ciencia aplicada ha esclarecido mejor los principios de una legislación nueva. La experiencia está en el día completa y se puede afirmar que ésta legislación, debida en gran parte á los trabajos de Bouley, ha disminuido en una grandísima proporción y tiende á reducir cada día más las pérdidas de los animales, que pesaban tan enormemente en otros tiempos sobre nuestra agricultura.

Durante toda su vida, Bouley, ha estado destinado á la enseñanza veterinaria. El tenía para sus compañeros, casi todos antiguos discípulos suyos, un cariño y un desinterés sin límites. El ha coabyuvado poderosamente

á los progresos que el arte veterinario ha hecho en la estimación pública desde hace cierto número de años. «Ninguno, decia recientemente nuestro ilustre Cofrade, Mr. Pasteur, ha honrado más que Bouley la profesión veterinaria. Por su talento, por su carácter, y por su entusiasmo por las cosas de la ciencia el ha triunfado de ciertas preocupaciones, que disimuladamente, impedían á la Profesión veterinaria el lugar que le pertenecía.»

En efecto, no es nada el que haya hecho dictar medidas legislativas, como lo suponen algunos; tampoco es nada eso que se llama protección del Estado pidiendo la elevación de una profesión liberal: por el valor y la dignidad personal de sus miembros es como ella obtiene la autoridad que la dá su fuerza y su grandeza. La profesión veterinaria, para continuar engrandeciéndose y elevándose, no tiene necesidad, como lo ha dicho Mr. Pasteur, más que de conservar á su cabeza una colección escogida de Profesores y de Sábios, discípulos de Bouley y continuadores de su obra.

Bouley fué uno de los primeros en comprender las ideas y las teorías de Mr. Pasteur. El creía firmemente, y con razón, que ellas son llamadas á renovar la Medicina y la Higiene. Este será su honor, el no haber perdido nunca una ocasión de exponer, de desenvolver y defender las doctrinas del maestro. El ponía al servicio de ésta gran causa, su palabra elegante y fácil, su elocuencia amable y persuasiva, la gracia y el encanto natural de su persona; todas estas cualidades, en fin, que

hacían de él en las discusiones científicas un conquistador por la palabra.

Desde hace algun tiempo ya Bouley presentía los ataques de la enfermedad á la cual debía sucumbir y seguía los progresos, sin hacerse ninguna ilusión. Sus amigos veían, con profundo pesar, á este hombre tan robusto hacía algunos meses, luchar inútilmente contra la muerte con un valor y una firmeza que hacían la admiración de los confidentes de sus sufrimientos y de sus pensamientos íntimos.

Bouley era amado de todos los que le conocían y dejará un gran vacío en el seno de las numerosas Sociedades sábías á las cuales pertenecía. Sus trabajos quedarán en la ciencia y la Agricultura no cesará de aprovechar; sus consócios no le olvidarán jamás y su vida, tan bien empleada por útiles trabajos, servirá mucho tiempo de modelo á los que vengan después.

Adios querido compañero, puedan los homenajes que nosotros rendimos á tu memoria dulcificar para tu familia la amargura de sus naturales y justos sentimientos. (1)

(1) Este discurso fué leído por el aventajado alumno del cuarto grupo de la facultad de Ciencias en esta Universidad, y del quinto grupo en la Escuela veterinaria D. Angel Mozota y Vicente, sócio activo.

Discurso de Mr. Milne-Edwards

En nombre del Museo de Historia Natural

SEÑORES:

En nombre del Museo de Historia Natural, yo vengo á dar el último Adios al colega que hemos perdido, al hombre de bien que nosotros amábamos y que todos lloramos.

Henri Bouley no nos ha pertenecido sino muy poco tiempo; pero antes de su nombramiento de profesor, el era ya de los nuestros por sus estudios, por las tendencias de su espíritu y por sus amistades. Al fin de 1879 cuando la muerte de Claudio Bernard, dejó vacante la cátedra de Fisiología general, fué cuando el Museo y la Academia de Ciencias le designaron para recoger esta pesada herencia; esta era una prueba brillante de la estimación que había sabido inspirar.

Estas presentaciones hechas por los hombres más autorizados del país eran generalmente escuchadas y confirmadas; pero en dicha ocasión no fué así. El ministro dió la sucesión de Claudio Bernard á un profesor eminente; pero cuyos trabajos, muy apreciados, habían sido concebidos en una dirección diferente; el creó al mismo tiempo en el Museo una cátedra nueva, la de la

Patología comparada y llamó á Bouley para desempeñarla.

Nuestro amigo tenía entónces 66 años; después de una carrera brillante y bien desempeñada, él hubiera podido aspirar al reposo ó limitarse á continuar una ruta fácil, siguiendo las vías trazadas y llenadas por los esfuerzos de sus antecesores. Sin embargo, no vaciló en aceptar la tarea difícil que se le confiaba por que comprendió que haria aquí una obra útil y que era necesario desempeñar bien.

Su objeto era demostrar que la Medicina no progresa sino apoyándose en la experimentación; que las hipótesis basadas en la observación sola son con frecuencia vanas y falsas; que las enfermedades de los animales pueden y deben esclarecer la Patología del hombre; en fin, que las manifestaciones de la vida como las alteraciones del organismo son gobernadas por las reglas científicas de que la experiencia puede dar la significación. El trataba también de poner en evidencia la aplicación de los bellos descubrimientos que acababan de hacerse sobre la naturaleza de las enfermedades contagiosas, sobre la influencia y la acción de los seres infinitamente pequeños que se les llama *micróbios* y sobre las transformaciones sucesivas que el cultivo les hace sufrir para atenuar la acción ó despertar la virulencia.

Las cualidades tan excelentes de Profesor que Bouley había demostrado á tan alto grado en su juventud, en la época en que enseñaba la clínica de los animales á los alumnos de la Escuela de Alfort, las encontró intactas

cuando subió á su cátedra del Museo. Su paso por ella, demasiado breve, por desgracia, dejará señales durables y sus oyentes no olvidarán las lecciones elocuentes que, no obstante, reunidas en volúmenes, serán siempre consultadas con fruto. Él aportaba el calor del pensamiento, la elegancia del lenguaje y la convicción ardiente que daban tanto encanto á su palabra. Él se empeñaba, sobre todo, en seguir el encadenamiento lógico de los experimentos y de las ideas que han iluminado la historia de las enfermedades tan terribles conocidas bajo el nombre de *perineumonia*, *carbunco*, *tuberculosis* y de *rabia*.

Él sabía comunicar el entusiasmo que le animaba por las nuevas doctrinas de M. *Pasteur* de quien ha sido el amigo ofrecido y admirador ferviente. Con una impaciencia casi febril seguía los progresos de sus averiguaciones y con un verdadero honor era como saludaba el éxito de este lado; él veía apuntar la luz y quería que ella pudiese iluminar á los ojos de todos. Se hizo el apóstol y el campeón de las doctrinas de este ilustre fisiólogo, y siempre en la brecha, en su curso, en sus conferencias y en sus escritos se esforzaba en hacer participar su convicción á los incrédulos.

Con una emoción profunda y patriótica es como presidió la sesión memorable de la Academia donde aquél á quien llamaba con sumo gusto «el Maestro» hizo conocer los inmensos resultados á los cuales le había conducido un método experimental severo, guiado por una maravillosa sagacidad; la rabia, esa enfermedad tan horrorosa é implacable, acaba de ser dominada, y Bou-

ley se recordaba que en este combate librado por la ciencia y del que ella salía victoriosa; él había también luchado por la buena causa y sentía que la gloria del Maestro, radiaba sobre él. Para un corazón tan leal como era el suyo, éste fué el triunfo más puro que jamás había sentido y anhelado, porque si Bouley trataba alguna vez con un escepticismo dulcemente jocoso, las creencias de nuestra vieja sociedad, él tenía el amor y el respeto de la ciencia; decía con frecuencia que la misión del hombre es la de llegar, por el progreso incesante al reinado de la verdad; en ésta vía, como un obrero infatigable, ha trabajado por el bien de la humanidad.

El tuvo el raro privilegio de no contar más que con amigos; sus émulos y sus contradictores no han sido jamás sus enemigos. Su corazón se abría á todos, sobre todo á los débiles y á los jóvenes, estos eran los bien venidos y los aconsejaba, los cubría con su protección y también los ayudaba con frecuencia de su bolsillo; algunos abusaban; sin desanimarse, se consolaba por nuevos favores y sus discípulos se han visto más de una vez obligados á vigilar al rededor de él para sustraerle á las solicitudes demasiado interesadas que su bondad no hubiera sabido rechazar.

En el momento en que los honores le llegaban de todos lados, como premio á la consagración de una vida laboriosa, es cuando sintió los ataques de la enfermedad que debía arrebatárnoslo. La claridad de su juicio, el hábito que tenía de la observación y sus conocimientos médicos no le dejaron ninguna ilusion; él acepta sin debili-

dad el golpe que le hería, y, dichoso de sentir que su inteligencia sobreviviría á sus fuerzas, se apresta á luchar hasta el fin. Nosotros le hemos visto dirigir las sesiones de la Academia, asociarse á sus trabajos y tomar parte en las deliberaciones del Museo hasta el momento en que la enfermedad le ha hecho sucumbir.

El ha muerto en el campo del honor, rodeado de amigos fieles; los recuerdos que deja aseguran á su memoria la simpatía y los sentimientos de todos. (1)

Palabras de Adios pronunciadas por Mr. Fremy

En nombre del Museo de Historia Natural

SEÑORES:

Dos voces elocuentes y autorizadas acaban de hacer resaltar toda la extensión de la pérdida que experimenta la ciencia en el día de hoy.

Permitid á uno de los antiguos amigos de Bouley dirigirle el último Adios.

Todos vosotros conoceis la bondad y la benevolencia de nuestro querido Colega. Quedado joven de corazón y de espíritu, amaba la juventud y profesaba á sus discípulos un cariño paternal.

(1) Este discurso fué leído por el alumno del cuarto grupo de veterinaria, D. Arturo Gil y Juste, sócio activo.

Él tenía un entusiasmo verdadero por todos los descubrimientos. Vosotros sabeis con que calor tan comunicativo nos hacía admirar los bellos trabajos de Mr. Pasteur, y con una alegría patriótica era como anunciaba los resultados que honran al País.

Su espíritu generoso le inclinaba á no citar delante el mérito de los otros sábios. En una circunstancia en que yo me complazco de recordar aquí, la Academia de Ciencias ha tenido la prueba de su marcada modestia. Nosotros queríamos elevar á la Presidencia á nuestro distinguido compañero; su elección estaba asegurada, y él estaba confiado de honrar por su nombramiento la profesión, que tan dignamente representaba.

En el momento mismo de la elección yo me llegué á él y le hice conocer que uno de nuestros eminentes Consócios, más antiguo que él en la Academia, no había presidido nuestras sesiones. Bouley no duda nada, toma la palabra y declara á la Academia que renuncia á la Presidencia, y ruega á sus Colegas que voten á aquel que el designa. Al recibir nuestras felicitaciones por haber sido elegido Presidente, Bouley nos decía «Yo he cumplido con mi deber; pero cuando llegue mi relevo, será tal vez demasiado tarde.»

¡Ay de mí! El tenía razón: presentía ó mejor dicho sentía ya los ataques de una enfermedad que conocía y que no perdona jamás. Vosotros lo veis Señores, él no ha llegado al término de su Presidencia.

Tal era el sabio eminente, el hombre de bien, el amigo sacrificado que nosotros lloramos en el día de hoy.

Yo expresaré, yo no lo dudo, el sentimiento de todos los que le han conocido, es decir, de todos los que le amaban, diciendo que nuestro querido Colega dejará en nuestros corazones un recuerdo que no se extinguirá nunca.

¡Adios querido amigo, Adios! (1)

Discurso de Mr. Camille Leblanc

En nombre de la Academia de Medicina.

SEÑORES:

La Academia de Medicina me ha confiado la dolorosa misión de ser el intérprete de los sentimientos que le inspira la pérdida de Henri Bouley, uno de sus antiguos presidentes.

Yo fui su discípulo y me atrevería á decir su amigo. Su benevolencia no me ha faltado nunca y yo le debo en gran parte el honor de ser miembro de la sábia corporación, de que soy en el día de hoy su órgano.

Hijo de Bouley mayor, miembro de la Academia de Medicina, aliado de los veterinarios prácticos de París, nuestro desgraciado Colega no ha olvidado nunca su origen, y el Presidente de la Academia de Ciencias se

Este discurso fué leído por el apreciable alumno del cuarto grupo de Medicina y del quinto de Veterinaria, D. Tomás Iribarren y Artigas, socio fundador.

ha honrado siempre con su título de Veterinario. A ejemplo de su padre y de otros comprofesores, habiendo formado parte de nuestra sección, ha contribuido por una gran parte al engrandecimiento de nuestra profesión; así su memoria quedará imperecedera entre nosotros.

Desde mi juventud hasta este día nefasto yo he podido ver ese espíritu distinguido recorrer su brillante carrera, bruscamente interrumpida por la muerte, en el momento en que el sábio había llegado á la más alta dignidad científica; pero no es este el momento de dar á conocer sus numerosos trabajos ni de enumerar todos los títulos conquistados en cuarenta años de una labor incesante; yo me limitaré á trazar á grandes rasgos esa vida tan bien desempeñada.

Apenas salido de la escuela de Alfort, donde había entrado, después de haber hecho brillantes estudios literarios, H. Bouley fué nombrado el 18 de Octubre de 1837 Jefe de servicio de clínica en esta misma Escuela, donde había sido uno de los alumnos laureados. (premiados) Bien pronto el 15 de abril de 1839, fué Profesor auxiliar, y el 8 de Octubre del 45, Profesor titular ó numerario en la plaza de Mr. Renault.

Todos los que fueron sus discípulos desde 1839 á 1866 se acordarán siempre del jóven y elocuente Profesor que les instruía y les encantaba al mismo tiempo; su talento y su palabra brillaban del mismo modo que sus conocimientos prácticos en las lecciones clínicas dadas con frecuencia *con exceso* desde que un caso intere-

sante se presentaba en los hospitales; la seguridad de su diagnóstico y su habilidad operatoria eran sumamente notables; así, mientras él fué Profesor, la clínica de Alfort ha gozado de un renombre incontestable.

Colaborador del *Recueil de Medecine Veterinaire* desde 1841, y nombrado en 1845 su redactor en jefe. H. Bouley fué desde este momento el alma de dicha publicación, la primera de la prensa Veterinaria; en él, el escritor no era inferior al orador. Polemista, alguna vez ardiente, ha podido tener adversarios; pero jamás enemigos. Conociendo á fondo todas las cuestiones veterinarias ha prodigado en su periódico los artículos y las crónicas, que clasificándolos, se podrían hacer dos volúmenes resumiendo la historia de los progresos acaecidos desde hace 40 años. Vulgarizador extraordinario ha tenido á sus lectores al corriente de todos los descubrimientos hechos en todas las ramas de la ciencia médica.

Esta obra es considerable, y por esto mismo se explica que su autor haya publicado tan pocos libros. Su *tratado sobre la organización del pié del caballo* no comprende más que la Anatomía y la Fisiología de ésta región; desgraciadamente la parte que debía tratar de la Patología, no se ha publicado, pero se la puede reconstituir leyendo las numerosas monografías publicadas por nuestro colega sobre las enfermedades del pié.

En 1884 publicó un tratado sobre la *naturaleza viviente del contagio*; esta obra quedará como siendo el programa de una nueva era en la historia de la medicina.

En 1856 Henry Bouley emprendió la tarea árdua de

publicar un Diccionario de Medicina y Cirujía veterinarias, que no ha podido ser terminado. El ha insertado numerosos artículos que podrán ser consultados con fruto por las generaciones futuras, aunque el transcurso del tiempo y los progresos de la ciencia cambien alguna vez las verdades del momento en errores.

Él ha sido uno de los fundadores de la Sociedad Central de Medicina veterinaria y el último que ha sobrevivido de todos; él ha sido desde hace 33 años su Secretario general y ha contribuido más que ninguno de sus miembros á mantenerla en la vía puramente científica, que le honra.

Después de la muerte de Renault y la jubilación de Lecoq, H. Bouley ha sido nombrado Inspector general de las Escuelas Veterinarias, sin haber pasado por la dirección de ninguna de ellas; los eminentes servicios que acababa de prestar, cuando la invasión de la peste bobiña en Francia y su alta posición científica, justificaban ésta escepción; todos los veterinarios se felicitaron de este nombramiento que colocaba á su cabeza al ilustre Cofrade que cada uno de ellos amaba y estimaba.

Desde 1855, formaba parte de la Academia de Medicina; ¿es necesario recordaros la parte que ha tomado en sus tradajos? Desde su entrada se hizo admirar en la discusión sobre el sedal y lucha con buen éxito contra un adversario temible, Malgaine; después ha usado de la palabra en numerosas discusiones que versaban sobre el *hérpes tonsurante*, el *muermo*, la *vacuna*, la *rabia*, la *peste bobina*, la *infección purulenta* la *tuberculosis etc.*

Sus colegas le habían apreciado en su justo valor,

y, en 1877 los sufragios casi unánimes, le llamaron á la Presidencia; honor tanto más apreciable cuanto era más raro, porque H. Bouley era el segundo veterinario nombrado Presidente de la sabia corporación; antes que él, Bartehelemy había ocupado, durante una interinidad de algunos meses el sillón presidencial.

Espíritu ardiente y amigo del progreso, nuestro desgraciado colega se deleitaba en animar á los autores de algún descubrimiento; ponía todo su entusiasmo en defender las opiniones que había abrazado, y cada uno de nosotros honraba sus profundas convicciones; si alguna vez ha debido volver sobre las ideas sostenidas primero con su vigor ordinario, lo hacía con tan buena gracia y lealtad, que se inclinaba ante este valor, tan raro hasta entre los sabios.

En estos últimos años había adoptado con ardor yehemente las doctrinas de su ilustre colega M. Pasteur y él había aportado para defenderlas su doble talento de orador y de escritor.

En esta Cátedra del Museo consagrada á la Patología comparada y que él era designado para ocupar, destinaba las horas de sus lecciones á difundir las ideas nuevas; su libro sobre el contagio es el fiel reflejo, y ha contribuido por una gran parte á hacerlas conocer.

La última vez que él usó de la palabra entre nosotros fué para llenar el religioso deber de rendir homenaje á la memoria de M. Magne, nuestro no ménos sentido compañero.

Sus numerosos trabajos le habían abierto las puertas

de la Academia de Ciencias, donde había reconquistado el lugar un momento arrebatado á nuestra profesión; en 1885, presidía ésta ilustre corporación. Este supremo honor fué para él el coronamiento de una carrera, toda entera consagrada al estudio, y debía sucumbir sin ver terminar este año, tan bien comenzado.

Hasta el fin de su vida, y á pesar de sus muchísimos sufrimientos, no ha cesado de asistir á nuestras sesiones, y el 2 de Noviembre le hemos visto llegar casi desfallecido, para sentarse en medio de nosotros; se puede decir que sus últimos momentos han sido dedicados á las Sociedades sabias de que fué siempre uno de los miembros más distinguidos y de los más asíduos.

En casa de M. Bouley, el hombre valía tanto como el sábio; su bondad era extremada y nadie ha practicado mejor que él el perdon de las injurias. Amable y acogiendo á todos hasta á los más humildes tenía horror de rechazar una petición.

El número de los que le deben reconocimiento es muy grande; si entre ellos ha encontrado algunos ingratos, los ha lamentado y hasta el fin de su vida ha quedado siempre bueno y benévolo.

La multitud que se agrupa al rededor de su tumba para dirigirle el supremo adios es la prueba más sensible de la afección cariñosa que había sabido inspirar. Así, yo estoy cierto que todos vosotros direis conmigo.

«Reposa en paz querido maestro, tu recuerdo per-

manecerá para siempre grabado en el corazón de tus compañeros y de tus discípulos. (1)

Discurso de Mr. Brouardel

En nombre del Comité consultivo de Higiene de Francia (2)

SEÑORES:

M. Henri Bouley ha sido uno de los miembros más activos del Comité consultivo de Higiene de Francia. Este ha querido que en el momento de la separación, su Presidente resumiese la acción que nuestro colega ha desempeñado con tanto talento. Lo que caracteriza la naturaleza propia de M. Bouley, lo que constituye la unidad de su vida científica, es su amor apasionado y su fé en el progreso. Cuando su inteligencia apercibía una vía nueva, él se precipitaba con un ardor de neófito; le parecía que la luz que vertía el descubrimiento reciente, metía en la sombra las antiguas convicciones de

(1) Este discurso fué leído por el ilustrado y estudioso alumno del quinto grupo de Medicina en esta Universidad, y del quinto grupo de Veterinaria, sobresaliente en las dos carreras, D. Emilio Pison y Ceriza sôcio iniciador y Presidente efectivo del Centro Veterinario Escolar de Zaragoza.

(2) Este fué el presidente de la Comisión que vino á Valencia de órden del gobierno francés á estudiar los trabajos del Dr. Ferrán sobre el cólera.

nuestro colega: esto no era un sacrificio que hacía monsieur Bouley, cuando él confesaba sus errores pasados, este era un tributo que aportaba á la verdad nueva, este era un ornamento de que él se complacía. Y es muy justo añadir que cada uno de sus cambios ha sido legítimo, esto es, á la causa de la verdad es á la que se afiliaba definitivamente M. Bouley. Que se recuerden las discusiones sobre el muermo, la vacuna, la rabia, la fiebre aftosa, etc.

Para defender sus opiniones M. Bouley estaba admirablemente dotado. Él poseía un talento oratorio al cual todos han rendido justicia, hasta sus mismos adversarios. Su elocuencia era fácil, elegante, adornada de recuerdos literarios finamente escogidos. Los argumentos eran bien presentados y atestiguaban con precisión el punto débil de la discusión adversa: en todas las Sociedades de que era miembro, ha sido uno de los oradores más apreciados, él encantaba.

No eran solamente estas cualidades superiores las que nosotros amábamos en M. Bouley, sino al hombre mismo. Él era de una bondad y de una benevolencia extremadas. Los que han vivido en su trato íntimo tendrán pena en evocar de este hombre de un espíritu tan fino y tan generoso, el recuerdo de algún murmurador.

El no conocía los pensamientos ocultos y rencorosos. Subía con frecuencia á la tribuna para defender á los que algunos días antes, le habían atacado con el mayor ardor.

Sus amigos se han admirado muchas veces de verle

conceder su protección á las opiniones más arriesgadas. M. Bouley era simplemente la víctima de sus dos grandes cualidades: su amor al progreso y su extrema indulgencia. Su acogida no ha desalentado á ninguno y cuando creía encontrar en las ideas de un inventor la luz, hasta vacilante, de una verdad desconocida, nuestro colega no temía marchar sólo al combate.

Esta acción de explorador le ha empeñado muchas veces en los caminos difíciles; aquí todavía su error pasajero ha tenido su origen en la esperanza de apresurar el vuelo de una verdad nueva.

M. Bouley ha tomado una amplia parte en las conquistas efectuadas en higiene desde hace 30 años. En todos los debates que han ocasionado los orígenes de las epidemias y de las epizootias, ha sido uno de los primeros combatientes, ha sido uno de los fundadores y uno de los Presidentes de la Sociedad de Medicina pública; él ha hecho más, sus libros sobre la perineumonía epizoótica y sobre las enfermedades contagiosas de los rumiantes no han mostrado solamente cuales eran los modos del contagio, sino los de la preservación. Ellos han sido el punto de partida de la ley de 21 de Julio de 1881 sobre la Policía sanitaria de los animales.

Sus trabajos sobre las enfermedades contagiosas, que atacan al hombre, no serán ménos útiles para consultar cuando se quiera hacer para éste una ley sanitaria análoga.

En esta vida tan laboriosa, M. Bouley ha gastado más para propagar los descubrimientos de sus colegas que para defender sus propias opiniones.

El ha aportado en esta lucha, en este apostolado, una abundancia de pruebas sacadas por su experiencia práctica y su originalidad personal; los argumentos que ha invocado son bien marcados en su empresa; se puede, aplicando al mismo M. Bouley, acentuar la frase que él inscribía en 1882 casi en cabeza de sus lecciones del *Museo: Inventa narrare non inglorium*. Este pensamiento está justo; este será una gloria para nuestro colega el haber comprendido uno de los primeros el alcance de las doctrinas de aquel que hasta en su último día, ha llamado su maestro. La influencia de M. Bouley ha tenido una gran parte en la adopción por el Comité consultivo de Higiene; este tendía á decir y agradecer al sábio que en una vida de lucha y de triunfo ha combatido sin que la vejez haya nunca enfriado su ardor, aumentando cada día la suma de nuestros conocimientos y el número de sus amigos.

Al dirigiros, mi querido colega, el último saludo del Comité, yo os aseguro el testimonio de su profundo dolor y de su eterno reconocimiento. (1)

(1) Este discurso fué leído por el aplicado alumno del segundo grupo de Veterinaria y Bachiller en Artes D. José Rigal y Bacho, sócio activo.

Discurso de M. Armand Goubaux

(Director de la Escuela Veterinaria de Alfort)

En nombre de las Escuelas Veterinarias de Francia.

SEÑORES:

Un hombre, considerable por su ciencia, por su erudición, los trabajos que ha publicado y las posiciones científicas que ha conquistado acaba de morir.

La profesión veterinaria, de quien yo expreso aquí los sentimientos, se encuentra, por su muerte, sumergida en un duelo profundo.

Permitidme, en el momento en que ésta tumba se vá á cerrar sobre su despojo mortal, deciros en algunas palabras quien era el que nosotros acabamos de acompañar á su última morada y dirigirle nuestros eternos adios.

Henri María Bouley, nació en París el 17 de Mayo de 1814. Su padre veterinario y su madre mujer muy distinguida, tuvieron para sus hijos todas las previsiones necesarias haciéndoles dar una educación esmerada que debía un día ponerlos en disposición de adquirir una situación elevada en la profesión que ellos abrazáran.

De los tres hijos de M. Bouley mayor, los dos varones se entregaron al estudio de las ciencias; el primogé-

nito Juan Bouley fué un sábio y notable médico de los hospitales de París, del que sus discípulos no hablan todavía en el día de hoy sino con respeto y veneración. Henri Bouley, el más jóven, ingresó como alumno en la Escuela Veterinaria de Alfort el 16 de Octubre de 1832.

Durante todo el curso de sus estudios se hizo notar por su inteligencia y por una gran aptitud á comprender y retener las ideas de sus maestros obteniendo los cuatro primeros premios.

Después de haber recibido el título de veterinario en 1836, volvió á casa de sus padres y se entregó, bien á pesar de sus gustos, al ejercicio de su clientela.

Una desgracia sucedida el 26 de Agosto de 1837 dejó una vacante de Jefe de servicio en la Cátedra de Clínica por la muerte de M. Maillet, que se ahogó accidentalmente en el rio Sena.

El 16 de Octubre siguiente, M. Henri Bouley se presentó al concurso, superó á los diversos concurrentes y fué nombrado Jefe de servicio de tercera clase por Decreto ministerial del 1.º de Noviembre siguiente. Esta era una posición bien modesta, bajo el punto de vista del sueldo y del tratamiento; pero ella abría un porvenir á aquel que tenía una gran afición por la enseñanza. Cumpliendo en todo rigurosamente con su deber, se entregó con sumo placer al estudio y redactó muchas Memorias que fueron impresas ya en la *Enciclopedia de Agricultura práctica ó Casa rústica* del siglo XIX, ya en el *Recueil de Medicina veterinaria*.

Estos trabajos presagiaron bien el porvenir que le estaba reservado á su autor.

Varios cambios sobrevinieron algunos años más tarde en el personal de la enseñanza de la Escuela de Alfort, después de la muerte de M. Huzar Inspector general de las Escuelas veterinarias le sucedió M. Ivarzt y M. Eugenio Renault fué nombrado Director.

En esta época el Director seguía siendo Profesor de la Cátedra á que pertenecía; pero le sustituía en sus funciones un Profesor suplente.

Un concurso se abrió el 15 de Abril de 1839 para llenar este último cargo. M. Bouley se presentó y superó de nuevo á todos sus competidores. Él fué desde entonces encargado de la Clínica y de los cursos de Cirujía, de herrado y de Jurisprudencia comercial.

Más tarde, á consecuencia de una nueva organización dada á la enseñanza, fué nombrado, sin concurso, Profesor numerario de esta Cátedra, á partir de 1.º de Octubre de 1845, hasta el 1.º de Enero de 1866.

La pasión que tenía para ocuparse de la Clínica, hacía decir, con frecuencia hablando de él. «*La lámina gastará la vaina*». Nunca se acostaba sin hacer una visita á sus numerosos enfermos, y llegó, más de una vez, á prevenir así, las complicaciones ó los accidentes que hubieran podido producirse durante la noche.

Todos estos trabajos desempeñados diariamente por los cuales olvidaba con suma frecuencia la hora de las comidas le han causado muchas veces las graves enfer-

medades que su fuerte constitución, y, tal vez, su energía le han permitido vencer.

M. Henry Bouley se ha ganado una autoridad universal y él la tenía bien merecida. Esta justa fama debía hacerle llamar para ocupar los más altos destinos.

En 1865, una terrible enfermedad se presentó en Inglaterra y en seguida en Francia. M. Bouley enviado á estudiarla en Inglaterra, comprobó al instante ser el *Tifus contagioso del ganado vacuno*.

Basado en su informe, se pusieron en práctica las medidas sanitarias más enérgicas y la enfermedad desapareció, no habiendo, felizmente, hecho perecer más que un pequeño número de reses, cuando hubiera podido causar la ruina de los cultivadores.

Después de esta misión M. Bouley fué nombrado directamente Inspector general de las Escuelas veterinarias, por un Decreto fechado en 6 de Enero de 1866.

Su nombramiento para el grado más elevado de la gerarquía veterinaria, era la justa recompensa de los servicios que acababa de prestar.

Este nuevo cargo le obligaba á residir en París y le privó de su Cátedra en la enseñanza. Más, si sus ocupaciones cambiaron, su actividad quedó la misma: él visitó periódicamente las tres Escuelas veterinarias francesas, estudió su método de enseñanza, presidió, por turno, los exámenes de los alumnos de dichas Escuelas y se ocupó de introducir diversas mejoras.

Una vez instalado en París, él añade á los títulos científicos que poseía ya, los de Miembro de la Acade-

mia de Ciencias, Profesor de Patología comparada en el Museo de Historia Natural, Miembro de la Sociedad Central de Agricultura de Francia y continuó sus relaciones asíduas con la Academia de Medicina, la Sociedad de Biología, la Sociedad de Aclimatación y la Sociedad Nacional y Central de Medicina Veterinaria.

Yo no haré más que mencionar, y sin juzgar ninguno, todos los trabajos que ha publicado sobre la Cirujía, la Patología, la Terapéutica, la Toxicología, la Anatomía, la Fisiología, la Jurisprudencia comercial, la Organización de la enseñanza en las Escuelas Veterinarias y el Ejercicio de la Profesión. Ellos han sido impresos ora en el *Recueil de Medicina Veterinaria* ora en los *Boletines de la Academia de Medicina*, ya sea en el *nuevo Diccionario de Medicina, de Cirujía y de Higiene Veterinaria*, del cual era uno de los fundadores, ó ya en los *Boletines de la Sociedad de Biología* ó en las *Memorias de la Sociedad Nacional y Central de Agricultura de Francia*: ellos son testimonios todos de su actividad prodigiosa y de sus actitudes para las diversas partes de la ciencia.

Él se ocupó, siempre con el mismo ardor juvenil de la redacción del *Recueil de Medicina Veterinaria*, donde independientemente de los trabajos originales le agradaba hacer en una *Crónica*, la revista de todas las novedades médicas que ofrecían interés.

Él publicó dos volúmenes muy importantes y bien escritos, que son la reproducción de sus lecciones espli-cadas en el Museo; estas son: *El progreso en Medicina*,

por la experimentación y La naturaleza viviente del contagio—contagiosidad de la Tuberculosis.

Yo siento, señores, no poder impulsar más léjos la indicación de los trabajos llevados á cabo por M. Bouley: estos trabajos son considerables y muy diversos: ellos han arrojado vivas luces sobre muchas cuestiones interesantes y ellos me permiten decir que nuestra profesión ha sido ilustrada, por él. Este es, para él un grande honor, al ver que las altas posiciones que ha ocupado en el mundo científico y las justas recompensas que ha obtenido han sido adquiridas todas, particularmente, por sus trabajos veterinarios.

También me es agradable justificar que, en el día de hoy, la Medicina veterinaria y los que la ejercen, son considerados de distinto modo que en otro tiempo, y que, en fin, se tiende á reconocer los servicios que ellos prestan á la ciencia y á los ciudadanos que tienen necesidad de sus servicios. A este muerto venerado es á quien, principalmente, se debe este gran resultado.

M. Henri Bouley tenía una estatura elevada. Su figura distinguida demostraba una vasta inteligencia. Sus maneras eran elegantes, su aspecto, á primera vista era simpático y su recibimiento sumamente benévolo: De una naturaleza generosa, se le encontraba siempre dispuesto á socorrer á los que llegaban á reclamar su apoyo.

En sus esplicaciones, que eran claras y fáciles de comprender, hacía gala de un gran caudal de conoci-

mientos y de un espíritu observador, que comunicaba á su auditorio; su palabra era viva y fácil; su dicción siempre pura y su voz muy agradable; él se complacía en introducir alguna vez citas literarias que atestiguaban la cultura de su espíritu y su gran memoria.

M. Bouley ha conservado siempre sus mismas cualidades distintivas; solamente desde hace cinco ó seis meses, la enfermedad había llegado á oscurecer por algún momento su festivo carácter, y en la intimidad él decía: «*Yo me siento cascado*» pero sí se le hacía observar que sus dolores no eran más que pasajeros y que otras veces había estado más enfermo, su alegría renacía y voluntariamente dirijía él la conversación sobre los objetos ó asuntos agradables.

Una permanencia de dos meses en la campiña en Anteuil, pareció anunciar una mejoría de su estado, y todos sus amigos esperaron que esta vez, todavía recobraría la salud como otras veces.

¡Ay de mí, esta no debía suceder así!

Desde su regreso á París los síntomas alarmantes reaparecieron con mayor gravedad que antes.

Poco á poco se vió obligado á no salir de su habitación, presa de crueles sufrimientos á los cuales él no se hacía ilusión, y, desgraciadamente, bien pronto se perdió toda esperanza de su curación.

De día en día se debilitaba más y más, y, en fin, espiró en la noche del 29 al 30 de Noviembre, rodeado de su familia desconsolada.

Aunque de edad de 71 años, estaba todavía tan

fuerte, tan vigoroso y tan activo que se puede decir que su muerte ha sorprendido á todos los que le han conocido y amado, como si hubiese tenido lugar prematuramente.

Él había llegado al apogeo de su gloria; había sido Presidente de la Academia de Medicina; este año era Presidente de la Academia de Ciencias y desde hace tres años era Comendador de la Orden Nacional de la Legión de honor.

Tal fué aquél que nosotros lloramos y sobre la tumba del cual yo no he podido relatar más que muy imperfectamente las numerosas y excelentes cualidades que poseía.

¡Su pérdida es inmensa! En nombre de las Escuelas Veterinarias francesas; de los Cuerpos docentes de estas Escuelas, de todos los Veterinarios y de nuestros alumnos; en fin, en nombre de aquél que fué vuestro discípulo, vuestro colega y que vos llamabais vuestro *antiguo amigo*, recibid nuestros adioses mi querido Bouley!

Nosotros no olvidaremos nunca la tarea tan considerable que habeis desempeñado en vuestra larga carrera! Vuestro recuerdo quedará grabado en todos los corazones y vuestro nombre será inscrito al frente de los que han consagrado su vida á dar la impulsión á la ciencia y á la profesión Veterinaria!

¡Oh mi querido amigo!... Todavía una vez más ¡adios!

Este discurso debía haberlo leído el apreciable alumno del cuarto grupo de Veterinaria y Vice-presidente del Centro D. Joaquín Durango y Nogués y por hallarse enfermo lo leyó el Presidente D. Emilio Pisón y Ceriza.

Discurso de M. Louis Passy

En nombre de la Sociedad Nacional de Agricultura.

SEÑORES:

Las Sociedades sábias de que Bouley era uno de los miembros más distinguidos, más activos y más aficionados se apresuran al rededor de esta tumba para hacer los elogios que les parecen consolaciones. La Academia de Ciencias, por una voz en la cual la Sociedad Nacional de Agricultura se escucha y se reconoce, os ha dicho que en la Sección de Economía rural Bouley representaba desde 1868 la Academia Veterinaria con un talento que había realzado esta ciencia ella misma. La Escuela de Alfort no tenía por qué acordarse para hablar dignamente de aquel que fué su discípulo laureado (premiado) su Profesor jubilado, su experimentador hábil y su orador aplaudido.

La Academia de Medicina debía ser la intérprete de la impresión profunda que echaba en las discusiones más animadas la brillante argumentación de M. Bouley. La Sociedad Zoológica de aclimatación y la Sociedad Nacional y Central de Medicina veterinaria nos disputarian el honor de ensalzar á su Presidente y nuestro consócio, si nosotros pretendiéramos realzar aquí la lista de sus

títulos científicos y describir el curso de su laboriosa carrera. Pero Bouley no debe ser en el día de hoy alabado, sobre todo, por el relato de sus trabajos. Bouley debe ser públicamente sentido. Bouley debe ser llorado por sus discípulos y sus amigos, los amigos de la ciencia y del progreso.

Hay pocos hombres que hayan sido dotados por la naturaleza de cualidades más felices. El gusto para su persona y el buen humor eran el reflejo de su buena salud, su fisonomía era abierta y franca, su palabra fina y alegre, y su aspecto seductor.

La envidia no se había atrevido acercársele. Los triunfos de otro le encontraban siempre en guardia y alegre. Se hubiese dicho que tenía un placer secreto en olvidar para proteger, sin tener el aire de los que parecían tener razón ó que parecían acertar. Él tomaba el partido de los jóvenes y de los tímidos, en el lugar de los maestros demasiado ocupados de sí mismos y el partido de los maestros contra la multitud indiferente. Él acudía á la defensa de todos los que eran atacados y que creía dignos de su leal concurso. Estas grandes cualidades del corazón animaron toda su conducta y fueron la fuente siempre viva de su talento, porque él tenía muchísimo talento y muy natural.

Cuando hablaba hacía brillar la vivacidad de su espíritu, pero cuando enseñaba mostraba el ardor y la sinceridad de la fé. Se puede decir que no explicaba siempre sino que anticipaba algunas veces lo que miraba como la verdad; nada le impedía contradecirse cuando

creía no haber tenido razón ó que se había equivocado. La sinceridad en su ardor era absoluta, no temía comprometerse por las novedades cuando las creía propias á suscitar progreso. Con la pluma en la mano volvía á recobrar las bondades de su palabra. Desde hace 40 años ha sido uno de los maestros de la prensa científica; pero había aprendido á sus expensas la fragilidad de un periódico que se rasga y desaparece y la fuerza del libro que se guarda y permanece.

En el elogio de M. Augusto Ibart que pronunció ante nuestra Sociedad, M. Bouley se había pronunciado contra la negligencia de ciertos hombres que despues de haber gozado durante su vida de una grande y justa nombradía, dejan este renombre debilitarse y extinguirse porque ellos no tienen cuidado de imprimir en los libros sus ideas y sus opiniones. Bouley no quería merecer el reproche que achacaba á otros, y pensando en el porvenir escribía sus palabras, siendo el historiador de sus ideas. Las magníficas lecciones que dió en el Museo de Historia Natural y que se acaban de alabar con tanta autoridad, quedarán de testimonio vivo de las luchas que se verifican desde hace veinte años al rededor de la Medicina y de la Higiene veterinarias. Cuando se piensa que sus cursos sobre el progreso en Medicina por la experimentación y sobre la naturaleza viviente del contagio, han sido explicados y publicados en estos últimos años; cuando se reflexiona que al principio de este glorioso y fatal año de 1885, sus amigos, sus discípulos y sus admiradores le ofrecieron una medalla de honor

como se ofreció una también á Chevreil, á Becquerel, á Dumas y á Milne-Edwards; cuando se piensa que él ha muerto en el sillón mismo de Presidente de la Academia de Ciencias, no se puede impedir de reconocer que una série de circunstancias felices han venido á consagrar la merecida fama de Bouley en el momento mismo en que la fiera muerte debfa interrumpir el curso y marcar el fin de una manera tan cruel como inesperada. La muerte nos lo ha arrebatado; pero á él no le ha sorprendido.

La Sociedad Nacional de Agricultura conservará siempre la preciosa memoria de la actividad y del sacrificio con que Bouley parecía tratar de multiplicar las pruebas. ¡Qué recuerdos, por ejemplo, no dejará en nuestra Sociedad esa sesión del mes de Mayo último donde vos habeis bien querido, caro é ilustre consocio, rogarme ofrecer en vuestro nombre esta medalla de honor de que érais tan justamente feliz y orgulloso! Sobre esta medalla estaba al rededor de vuestro hermoso busto estas palabras: «Henri Bouley, Presidente de la Academia de Ciencias.» Y, hé, aquí que las palabras triunfantes inscritas sobre una medalla de fiestas solemnes en Enero de 1885 son inscritas sobre un monumento de duelo el 30 de Noviembre de 1885!

¡Que no se pueda reproducir sobre este monumento la pequeña escena gravada sobre nuestra medalla y que se resume por una divisa á la cual vos no érais tal vez extraño, por el esfuerzo impreso de vuestra enseñanza y de vuestra vida *Arte nova pastor pœorum contagia vincit!* (1)

(1) El pastor del rebaño vence los contagios con un método nuevo.

Viendo la ciencia inocular en un carnero la enfermedad preservatriz y meditando enseguida sobre el sentido alegórico de esta escena y de esta divisa, el pasado encontraría asociados en el porvenir como ellos lo están en el presente los nombres de Pasteur y de Bouley.

El comprenderá que bajo esta fría losa reposa un hombre que sostuvo con sus más enérgicos esfuerzos el desenvolvimiento de grandes descubrimientos y de un arte nuevo, y que en su tiempo tuvo el mérito de consagrarse por completo á la gloria de su amigo.

Porque no lo dudeis, señores, lo que era el carácter particular de la carrera de M. Bouley, y la unidad de su vida científica, es que reconoció las leyes providenciales que unen el hombre á los animales y que sin confundirse se aproximan en el cuadro de una misma Fisiología y de una misma Patología, esto es, lo que él sostuvo resueltamente y proclamó durante 40 años, la necesidad cada vez más imperiosa de relacionar el arte, todavía jóven de la Medicina Veterinaria á la vieja ciencia de la Medicina humana.

¡Adios querido é ilustre Cofrade; un día la Sociedad Nacional de Agricultura os rendirá un homenaje más completo y os concederá los honores debidos á los que han sostenido las grandes batallas de las vidas científicas!

Recibid, en este momento supremo, los sentimientos unánimes de nuestra Sociedad y la expresión de nuestros reconocimientos más sinceros y los más dolorosos de todos vuestros Cofrades. (1)

(1) Este discurso fué leído por el distinguido alumno del quinto grupo de veterinaria y sócio iniciador del Centro D. Pedro Martinez y Baselga.

Discurso de M. A. de Quatrefages

En nombre y como Vice-Presidente de la Sociedad
de Aclimatación.

SEÑORES:

Yo no os detendré mucho tiempo cerca de esta tumba, que parece abrirse para avivar aún tantos dolores recientes. Los oradores que han usado de la palabra antes que yo os han dicho lo que era Bouley. Ellos han referido esta vida tan llena; han recordado esta inteligencia tan activa, tan presta á acoger toda idea nueva presentándose en nombre del progreso y que sabía conducir á una práctica útil las más altas especulaciones científicas.

Ninguno ha olvidado este carácter á la vez sério y alegre, que ganaba tan pronto los corazones; ésta lealtad perfecta, que sabía reconocer y confesar, cuando había lugar, los atraimientos siempre causados por el amor de lo bueno y de lo verdadero.

Este conjunto de cualidades raras, añadiéndose á la especialidad de sus estudios, había, naturalmente, designado Bouley á los sufragios de la Sociedad de Aclimatación cuando ella tuvo que elegir tercer presidente, Isidore-Geoffroy-Saint-Hilaire y Drouyn de Lhuys habían desaparecido.

Por consecuencia de sus diversos méritos, el fundador de la Sociedad y su eminente continuador dejaban un vacío difícil de llenar. El nuevo elegido estuvo á la altura de su tarea. Su entrada en la Sociedad data de 1872. Menos de un año después él era miembro del Consejo. El fué nombrado Presidente en 1882.

Yo no tengo necesidad de recordar como llenó las funciones que había aceptado. En una Sociedad libre, del género de la nuestra, la presidencia encuentra á veces dificultades especiales. En realidad estas dificultades no existían para Bouley. Aquí las cualidades amables son más que un encanto: ellas son una fuerza, y ninguno las poseía á un grado más elevado que él. Yo no tengo que insistir sobre este punto. A golpe seguro, vuestros corazones os dicen mucho más y mejor que lo harían mis palabras.

Yo tendría un placer en recordaros toda la parte tomada en los trabajos de la Sociedad por el que ella había puesto á su cabeza; pero el tiempo apremia y yo debo de ser breve. Dejando, pues, á un lado todo lo demás, yo mencionaré solamente los discursos pronunciados en dos de nuestras sesiones públicas. Por sí solo hacen comprender todo lo que era Bouley.

En el primero (1874.) nuestro colega refiere como el hombre ha sometido los animales domésticos y los ha *acomodado* á su servicio. Con F. Cuvier, él encuentra en el instinto de sociabilidad de ciertas especies animales la condición primera de una verdadera domesticación. Después hace intervenir el hombre que modifica y meta-

morfosea, no solamente las formas exteriores de los servidores que ha adquirido, no solamente sus huesos, su carne y todos sus tegidos, sino aún sus instintos y hasta la manera de gastar el aumento de fuerza de que él les ha dotado. En fin, muestra la ciencia sola realizando lo que él llama estas *creaciones de segunda mano*; y entón-ces toca á todas las principales cuestiones que dependen de la acción de los medios, de la selección y de la herencia.

Hasta aquí el orador, en un estilo siempre apropiado al asunto que trata ó que desflora, ha mezclado á las austeras lecciones de la ciencia los reconciliamientos ingeniosos y los ímpetus de buen gusto; ha colocado al lado de las más doctas enseñanzas algunos versos de sus poetas favoritos y hasta los refranes populares. Pero antes de acabar él se vuelve grave, casi trágico y al mismo tiempo su lenguaje se eleva y toca en la elocuencia.

El es conducido ha hablar de la acción inmensa desempeñada por los animales domésticos en nuestras Sociedades humanas: así él se pregunta lo que ellas se volverían si los animales de la agricultura y las aves de corral nos faltáran. Y entonces, iluminado por su experiencia personal, pensando en los millones que nos ha costado la peste bobina importada por los ejércitos enemigos, el comprende mejor y hace comprender los cortos relatos de nuestros antiguos cronistas hablando de los estragos que dejaba en otro tiempo cerca de sí una epizootia. El muestra «las campiñas despobladas de animales; el hombre en su aislamiento, no pudiendo des-

empeñar la tarea que pedía á sus auxiliares; los campos quedando baldíos y su esterilidad forzada añadiendo su parte de desgracias á las que había producido el contagio.»—«Terrible círculo vicioso, añade donde se acumulan todas las miserias y donde incuban esos fuertes rencores, que, más de una vez, han ocasionado revoluciones sangrientas.

Las últimas páginas de este primer discurso explican la elección del asunto y el espíritu general del segundo (1882.) Ocho años les separan; y, en este intervalo, un milagro científico de más había venido á añadirse á los que ya había producido nuestro siglo. M. Pasteur había encontrado, en los elementos que los engendran, el agente que prevendrá en adelante esas desastrosas epizootias que sorprenden vivamente la imaginación de Bouley. Él había transformado los *virus* en *vacunas*, los gérmenes de muerte en gérmenes de vida. Ya él sabía hacer las gallinas innatacables á su cólera especial; ya los grandes experimentos hechos en Pouilly-le-Fort, en Montpellier, en Nevers, en Francia, como en Pakich, en Prusia, habían puesto fuera de duda la infabilidad de la *vacunación carbuncosa*, regularmente aplicada á los bueyes y á los carneros.—Bouley acoge estos maravillosos descubrimientos con un entusiasmo de que todos nosotros hemos podido juzgar. El quiere hacer comprender la magnitud científica y el alcance práctico al numeroso auditorio que atraen nuestras sesiones públicas. Aquí, más que juegos de espíritu, más que chanzas, apenas algunos ligeros sarcasmos les dirige á los últimos incrédulos.

Por todo una expresión magistral de los hechos del encadenamiento de los fenómenos y un sentimiento profundo de admiración para aquel que él no llamaba más que su maestro.

Este sentimiento aumentaba cada día en Bouley á medida que se multiplicaban las aplicaciones del método nuevo. Se le ha visto bien en esa memorable sesión de la Academia, á la que hacía alusión el Almirante Jurien, cuando anonadado por la emoción, anunció la muerte de nuestro Presidente. En este día se vieron brillar los ojos de Bouley como otras veces, en el momento en que los bravos unánimes saludaron la noticia de que la rabia, ella también, iba á tener su vacuna. ¡Ay! que este era aquí nuestro Bouley olvidandose de si mismo en presencia de una grande obra, no pensando más que en su fin, que él sabía estaba próximo, y gozaba tal vez más que M. Pasteur, de una ovación tan bien merecida!..

¡Adios Bouley!.... Adios, tú que fuiste un espíritu encantador un sábio y un hombre de corazón. (1)

(1) Este discurso lo leyó el alumno del quinto grupo y socio fundador, D. Juan Ibart y Sancho.

Discurso de M. Dumontpallier

En nombre de la Sociedad de Biología

SEÑORES:

En nombre de la Sociedad de Biología es como yo tomo la palabra sobre la tumba de nuestro Maestro desgraciado, el profesor Henri Bouley.

Sería temerario en mí, después de los discursos que acaban de ser pronunciados, el pretender añadir nada á los elogios que han sido acordados al sábio, al Profesor del Museo de historia natural, al Presidente de la Academia de Ciencias.

Que me sea permitido solamente hablar del carácter del hombre que inspiró tan sólidas afecciones y mereció la estimacion de todos durante una larga carrera de trabajos y de sacrificios.

Henri Bouley había conquistado sus altas posiciones científicas y administrativas por los estudios serios, una enseñanza clínica muy notable, una gran experiencia en la ciencia veterinaria y un admirable talento de orador y de escritor. Además la cualidad dominante de su carácter, la benevolencia, debía conciliarle muchas simpatías. Esta benevolencia le era natural desde su juventud; una vez hombre, esta cualidad crece en él sin

degenerar en debilidad. Atacado algunas veces con vehemencia en las luchas académicas, respondía siempre con esa cortesía que es de buena sociedad. Hombre de espíritu, despreciaba frecuentemente unir lo que le hubiese sido muy fácil, la ironía á la fuerza de sus argumentos. Él era generoso y no abusaba nunca de sus éxitos de orador.

Era, pues, cosa muy justa devolverle en simpatías un poco del bien que él hacía á todos; tanta benevolencia debía, un día, encontrar una brillante recompensa. Una buena acción de su parte tuvo lugar: en 1865, Bouley era Profesor en la Escuela Veterinaria de Alfort; un alumno había sido expulsado de la Escuela por infracción á la disciplina. El padre de este jóven discipulo, vino á suplicar á M. Bouley, se dignase elevar las circunstancias atenuantes cerca del ministro para que le readmitiesen en la Escuela veterinaria.

El Profesor no escucha más que su corazón. El obtiene una audiencia, ¿Es necesario decir que él estuvo elocuente? La causa fué ganada, y el alumno fué autorizado á volver á entrar en la Escuela.

En esta entrevista, el ministro había podido por sí mismo juzgar del valor del hombre y del sábio. Bien pronto da prueba que había conservado buen recuerdo; el mismo año, en 1865, la peste bovina estaba haciendo estragos en Alemania, en Holanda, en Bélgica y en Inglaterra; la epizootia amenazaba nuestras fronteras del Norte y del Este, Ella podía ser importada por vía marítima. La enfermedad era contagiosa, era preciso de-

mostrarlo, y esto lo más pronto posible, á fin de estar autorizado á cerrar toda puerta de entrada en Francia á los animales de países infestados. El ministro hizo llamar al Profesor Bouley y rompiendo con ciertas tradiciones administrativas, le confía directamente la misión que debía proteger los intereses de la Francia. Las medidas de protección necesarias son ordenadas, y la peste bobina no invade la Francia.

El Profesor y el Ministro se habían unido para hacer una acción útil al país, y no recordar aquí que el Ministro era M. Behic ¿no sería faltar á los sentimientos de justicia y de gratitud que animaban á Henri Bouley?

A partir de esta época comienza la elevación de Henri Bouley á las grandes posiciones científicas y administrativas: en 1866, fué nombrado Inspector general de las Escuelas veterinarias, y, en 1868, la Academia de ciencias le daba el sillón de Rayer.

En estas altas posiciones, Henri Bouley, por su espíritu de justicia y su amor para la ciencia, no cuenta mas que con amigos. El era hombre de progreso, y era siempre con diligencia como él acogía los trabajadores, los sostenía con sus consejos y en caso de necesidad los defendía con pasión. Hasta el fin de su vida conservó el entusiasmo de la juventud; nada de lo que concernía á la ciencia se le quedaba extraño.

Gran admirador de Claude Bernard, á él le estaba reservado recoger una parte de la herencia científica del gran fisiólogo. En 1881 Bouley fué nombrado Profesor de Patología comparada en el Museo de Historia natural

y, en esta cátedra, creada por decisión del Parlamento. H. Bouley debía, con un raro talento, exponer los descubrimientos del ilustre Pasteur.

Los triunfos oratorios de Henri Bouley en la Academia de Medicina, están todavía presentes en la memoria de todos, y sus colegas de las compañías sabias podrían decir con que atención defendía en los Comités los trabajos que le parecían un progreso. Se cuenta también que más de una vez, en las comisiones, fué el primero en hacer resaltar el mérito de sus adversarios. Él hacía el bien por el mal; esta era su manera de practicar la venganza.

H. Bouley no sabía resistir á un sentimiento generoso, él quería lo bueno y lo justo, trabajaba con gran corazón, y la frialdad de otro no le detenían en sus nobles empresas; los veterinarios del ejército no olvidarán nunca que á la intervención directa de Henri Bouley cerca del General Campenon, es á quien ellos deben la asimilación de sus grados á los de la gerarquía militar.

En estos últimos años H. Bouley acepta la Vice-Presidencia de la Sociedad de Biología, y aquí todavía se muestra siempre presto á sostener con su experiencia y con sus ánimos á todos los inquirimientos que podían conducir al progreso científico.

Durante largos años, H. Bouley había poseído las grandes satisfacciones que dan las altas situaciones dignamente adquiridas. Pero los crueles sufrimientos no debían dejar de atormentarle en los últimos meses de su vida: una enfermedad del corazón de la que había

experimentado los primeros ataques hacía cuatro años le hizo correr un gran peligro en el mes de Julio último. Una mañana, al despertarse, el se creyó perdido, respiraba difícilmente, no podía analizar lo que le pasaba—esto que yo experimento decía es extraño—¿donde estoy yo?

Un síncope había sido la causa probable de estos trastornos cerebrales pasajeros.

Algunos instantes después de esta crisis la calma volvió á suceder al parecer.

Sin embargo H. Bouley había comprendido toda la gravedad de su enfermedad, el había visto la muerte próxima, no la temía por él, no pensaba más que en su familia y en sus amigos.

Una permanencia de dos meses en la campaña le había permitido recobrar sus fuerzas. La esperanza de vivir, tan dulce á los que aman, le era devuelta; pero vana ilusión, la enfermedad hacía bien pronto nuevos progresos y el hombre á quien todos nosotros hemos amado, vió llegar su fin con resignación. El ha permanecido firme hasta la última hora; en los últimos momentos encontraba aún la fuerza de sonreír á los que le rodeaban, y su fisonomía, cuando la muerte llegó, decía todavía la benevolencia y la bondad de toda su vida.» (1)

(1) Este discurso fué leído por el estudioso alumno del segundo grupo don Antonio Moreno y Velasco, Bachiller en Artes y Sócio fundador del Centro.

Discurso de M. André Sansón

En nombre de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria.

SEÑORES:

Los discursos que acabáis de oír no me hubieran dejado nada que decir en nombre de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria si yo hubiese tenido la intención de hablar delante de esta tumba, de la carrera del sábio.

Sin duda, nosotros sentimos como todo el mundo la pérdida que ha experimentado la ciencia por la muerte de M. Bouley. Nosotros estábamos orgullosos con nuestro jefe y teníamos gran placer en verle elevado hasta los puntos más altos de los honores científicos. Pero esto no es nada, la pérdida del sábio es la que más sentimos. Para nosotros, que tuvimos la dicha de vivir en su intimidad, la muerte de M. Bouley es un verdadero duelo de familia. Lo que nosotros perdemos por encima de todo en él, es el maestro amado, es el hombre bueno hasta la debilidad y generoso hasta la prodigalidad.

Por mi cuenta, yo no puedo olvidar que fué siempre para mí el amigo fiel y desinteresado, el sostén constante en los días difíciles de lucha contra la adversidad. Así, á los últimos adioses que mis Consócios me han encargado le dé, yo ruego me sea permitido añadir la expresión pública de una gratitud que no se olvidará jamás. (1)

(1) Este discurso lo leyó el alumno aplicado del cuarto grupo y Sócio activo D. Juan Perez y Bauza.

Discurso de M. Bizot (Veterinario principal)

En nombre de los veterinarios del Ejército

SEÑORES:

Yo no sé defenderme de una emoción bien legítima usando de la palabra después de los maestros que acababan de trazar en términos tan elocuentes la brillante carrera científica y las grandes cualidades de Henri Bouley; pero en esta ocasión tan dolorosa, la voz de los veterinarios militares debe dejarse oír, y yo tengo el deber de depositar sobre esta tumba, el tributo del reconocimiento y de la admiración de mis compañeros del Ejército.

Nosotros debemos el testimonio de nuestro reconocimiento á Henri Bouley por la parte considerable que ha tomado en la gran mejora aportada á la situación de los cuerpos de los veterinarios militares, por el decreto de 8 de Julio de 1884, que nos ha dado la asimilación de grados.

También debemos el testimonio de nuestra admiración al hombre eminente que la Academia de Ciencias, por un voto unánime, había llamado al honor de presidirla.

La profesión veterinaria, toda entera, ha sido estre-

meada de un justo sentimiento de orgullo al ver que uno de sus miembros subía al sillón presidencial que han ocupado los hombres más ilustres de que se honra nuestro país.

Así, el nombre de Henri Bouley brillará con un resplandor incomparable entre los de esos hombres tan notables cuyos trabajos han producido este inmenso progreso á nuestra medicina, á esta medicina que tan cerca de su cuna ha sabido conquistar y ocupa tan dignamente un lugar al lado de su primogénita, la medicina humana.

Y cuando la historia registre el sorprendente movimiento científico que marca la segunda mitad de este siglo y repase los límites de lo imposible, ella asociará el nombre de Henri Bouley á ese nombre retumbante aclamado en el día de hoy por el mundo entero, y que un reciente y maravilloso descubrimiento rodea de una aureola de gloria imperecedera.

La historia dirá que Henri Bouley prestó á la doctrina y á los experimentos de M. Pasteur el apoyo de la autoridad de su nombre, el concurso de su pluma arrogante y de su palabra elocuente; que se consagró con entusiasmo ardiente á la propagación y al triunfo de las ideas fecundas del inmortal autor de las teorías microbianas.

Ella dirá que su fé inquebrantable en la potencia profiláctica de las vacunaciones por medio de los virus atenuados, impulsó á los veterinarios en la vía sin límites abierta por el génio de M. Pasteur, en la cual muchos han adquirido ya una gran notoriedad y encontrarán más tarde la celebridad.

¡Henri Bouley, vos habéis sido uno de esos varones valerosos de que la humanidad conserva eternamente el recuerdo!

¡En nombre del cuerpo de veterinarios del Ejército, del que yo soy aquí el intérprete, y en mi nombre personal yo os digo Adios! (1)

Discurso de M. Lefervre (del Havre)

En nombre de los Veterinarios prácticos.

HENRI BOULEY:

En nombre del Gran Consejo de los Veterinarios de Francia; en nombre de todas las Sociedades y Asociaciones veterinarias; en nombre de todos los prácticos y en nombre de todos tus antiguos discípulos á quienes tu muerte ha venido á sorprender y sumergir en el dolor más profundo, vengo yo, querido maestro, amigo y compañero á saludar tu despojo mortal.

Yo vengo desde el interior de mi provincia, antes que esta tumba se cierre, á hacerte un sudario de nuestras lágrimas, de nuestra profunda aflicción, de nuestro reconocimiento y de nuestra admiración.

(1) Este discurso lo leyó el aplicado alumno del segundo grupo y Sócio fundador, D. Juan Vicente Igual S. y Hernandez.

Yo vengo á decirte, á tí que has sido, por tu gran inteligencia, tu vasto saber y las cualidades más excelentes de corazón, el modelo acabado de maestro y de sábio, cuán orgullosos estábamos nosotros de tus éxitos y contentísimos con tu renombre.

De todo el cuerpo veterinario entero, de esta gran familia de trabajadores, que era la tuya, y que yo tengo la alta honra de representar aquí, recibid la seguridad que el noble ejemplo de tu vida profesional, llena de honradez y rectitud, tan fecunda y tan pródiga en caridad para la ciencia, será el faro de la luz chispeante que en el porvenir guiará nuestros pasos, fortificará nuestros corazones y solicitará nuestro espíritu hácia las buenas y dignas acciones.

Sí, maestro, y tu eras uno, en la más alta acepción de la palabra, nosotros hemos guardado todos el recuerdo á la época de esta brillante falange de los Benault, Delafond, Rigot, Lassagne, Magne etc; nosotros hemos guardado todos, digo, el recuerdo de tu amenidad, de tus generosas debilidades para nosotros, de tus atractivas lecciones, y tu elocuencia fácil y seductora. Esta era la época en que el porvenir sonriéndote dejaba adivinar en sus caricias tu famosa carrera y tu glorioso destino.

Sí, amigo, por que tú lo eras nuestro, de todos, bajo esa sonrisa continúa esa mirada discretamente escudriñadora y astuta, tan bien ejecutada por el hábil grabador Roty, tú guardabas todos los tesoros de la amistad, todas las indulgencias y todas las delicadezas de corazón.

Yo te he saludado también con el nombre de compañero, porque este es aquí tu gran título á nuestro reconocimiento; porque tu has tenido siempre alta y desplegada á todas las miradas la bandera de la Profesión, porque sabiendo y practicando es como tu has franqueado todos los grados de tu elevación, porque así es por lo que al veterinario, como la Sociedad Nacional de Agricultura y la Academia de Medicina han abierto sus puertas; por esto también á tí, al veterinario ilustre entre todos, es por lo que el Instituto, insigne honor, ofrecía el sillón presidencial envidiado, en el que ¡ay de mí! la muerte ha venido á cortar el hilo de tu preciosa existencia.

Fiel á tu origen, tú amabas tu Profesión; tu la querías grande y honrada; para ella has luchado y combatido con la pluma y con la palabra; tu has demostrado con tu ejemplo lo que era; laborioso, digno, útil á su país, á su riqueza y á su defensa. Gracias, mil veces gracias!

Consejero desinteresado y reconocido de todos, jefe incontestable, tu has sido y seguirás siempre siendo nuestro legítimo orgullo.

HENRI BOULEY:

La Corporación toda entera, que yo represento, te dirige su último Adios; ella conservará religiosamente tu memoria y el recuerdo de tu alma generosa y noble; todavía una vez más Adios, Adios. (1)

(1) Este discurso lo leyó el aplicado alumno del cuarto grupo y Sócio fundador, D. Esteban Liso y Gimenez.

Opinión de la prensa.

La prensa entera, científica, literaria ó política ha rendido un brillante homenaje á las eminentes cualidades de aquel que nosotros lloramos.

Nosotros no podemos, por nuestro sentimiento, reproducir aquí los innumerables artículos publicados con esta dolorosa ocasión; los que han publicado la *Revue scientifique* y el *Journal des connaissances médicales*, darán una justa idea de la explosion de sentimientos que ha suscitado de todas partes la muerte de M. Bouley.

*
* *

Un nuevo duelo acaba de herir á la Academia de Ciencias, ya tan castigada por la muerte de Rolland, de Dupuy de Lome, de Milne-ed-wards y de Ch. Robin. M. Bouley, Presidente de la Academia, ha muerto el lunes último, sucumbiendo á una larga y penosa enfermedad. Si M. Bouley, no ha hecho en la ciencia, como ciertos potentes inventores, los descubrimientos fundamentales, es ciertamente uno de los hombres que han ejercido mayor influencia, tanto sobre la marcha general de la ciencia como sobre la educación científica de la generación actual.

Activo, valeroso, generoso, entusiasta, apasionado

por su profesión, el ha contribuido más que otro alguno á elevar en la consideración pública la ciencia y el arte veterinario. El es quien nos ha enseñado todo el partido que se puede sacar de la Patología animal, la cual, en tantos puntos ilumina á la Patología humana. Como lo decía Claude Bernal para la Fisiología; no hay dos Patologías; no admite más que una Patología general, y á este título, el veterinario y el médico pueden ser el uno y el otro dos sabios.

Y no es solo un apoyo científico lo que el ha dado á sus colegas y á sus discípulos: es tambien un apoyo moral mostrándoles por sus consejos y su ejemplo á que altas oposiciones ellos podían pretender.

Cuando la obra, para siempre memorable de M. Pasteur, hubo abierto una nueva vía, tan fecunda que todavía no se pueden prever todas sus consecuencias, M. Bouley ha sido uno de los primeros en comprender su inmenso alcance. El se ha hecho, por decirlo así, el apostol y el propagador entusiasta, prestando á las ideas grandiosas del maestro el concurso de su calurosa y lucida elocuencia.

Los libros sobre la enfermedad experimental y sobre el contagio, son dos modelos de estilo científico, como sus cursos en el Museo han sido dos modelos de enseñanza.

Sus trabajos sobre la rábia, sobre las epizootias y la profilaxia, tienen un sitio distinguido en el magnífico movimiento científico que este siglo eleva á la biología.

Los lectores de la *Revue* que han tenido en diversos números la ocasión de leer las bellas é interesantes lecciones de H. Bouley, se asociarán á este homenaje rendido á la memoria de este hombre de bien que amó apasionadamente la justicia, la verdad y la ciencia.

(REVUE SCIENTIFIQUE, 5 de Diciembre de 1885.)

*
* *

La muerte hiere sin cesar entre nosotros. Esta vez todavía es uno de los mejores, uno de los más amados y uno de los más estimados quien acaba de sucumbir. Ayer era un joven; hoy es un hombre resueltamente detenido solo por la vejez que había respetado su vigor intelectual y físico. H. Bouley fué un hombre colmado de los dones de la naturaleza, el encantaba por su alta distinción, por su marcha arrogante y elegante, por su amable sonrisa, y, en fin, por un yo no se qué de conquistador que se desprendía de este mosquetero científico. Cuan seductor estaba todavía cuando instalándose en la tribuna lanzaba sin contar mil dardos de su inteligencia! Tan pronto él ataca como replica, nunca se deja vencer. Todos los géneros le eran familiares: la ironía delicada y mordaz, la benevolencia astuta, la emoción comunicativa y el soplo patriótico; este hombre privilegiado tenía todas las cuerdas en su lira. Por arriba todas sus cualidades dominaba este dueño, claridad que arrojaba sobre todos los objetos que trataba, este entusiasmo jamás abandonado para todos los grandes descu-

brimientos del que proclamaba de antemano las memorables consecuencias de su voz ardiente y simpática. Orador él, lo era hasta por los juegos de su semblante; este era un encantador.

H. Bouley había sintetizado en él todas las altas cualidades de francés. Amable sin esfuerzos, con esta fina galantería de otra edad, mezclando una punta de sentimiento á el rigor de las demostraciones científicas, H. Bouley era un hombre de raza y resaltaba por su alta estatura, por su virilidad y por su potencia de trabajo sobre la mayoría de sus contemporaneos.

Hace mucho tiempo ya que nosotros escribíamos sobre H. Bouley lo siguiente: «Tener un abogado como M. Bouley para defender una idea justa es un dato asegurado del éxito definitivo. Ninguno más que él posee el talento de presentar una cuestión, por embrollada que sea, bajo su verdadera claridad. La simpatía que él provoca recae sobre los objetos que trata y sobre los hombres que defiende.»

Nosotros añadíamos: «Yo ignoro que edad tiene Mr. Bouley; todo lo que yo sé es que está más joven que yo: seis piés de talla á lo ménos, marcha militar y ojo de poeta. Cuando M. Bouley pasa sobre el puente de los Saints-Peres, la talla bien erguida, el bastón al hombro, el aire pensativo ó tarareando una canción, más de un Parisien le mira á hurtadillas. Yo se más de un miembro del Instituto de quien no se podría decir otro tanto.»

Uno de los rasgos más marcados del carácter de Hen-

ri Bouley, era su benevolencia para los jóvenes. Pero este mérito es tan comun como se podría creer. Henri Bouley ha podido engañarse ó ser engañado; pero cuántos jóvenes sábios que, sin él hubiesen sido ahogados en el huevo, le deben una parte de su gloria científica.

H. Bouley ha echado en la Medicina veterinaria un vivo esplendor. El ha contribuido por sus actos, por sus escritos y por la legítima influencia que ejercía en los consejos del gobierno á levantar en el espíritu público una de las ramas del arte médico á la cual la ciencia debe tanto.

Aunque dejando numerosos trabajos científicos, Henri Bouley fué sobre todo un maravilloso vulgarizador. Es verdad que M. Pasteur no tenía necesidad de nadie para llegar á la alta posición que ocupa el día de hoy en el mundo entero; pero no es ménos cierto de reconocer que H. Bouley ha puesto al servicio de M. Pasteur el ascendiente de su olocuencia, de su fé y de su poderosa persuasión. M. Pasteur, pierde en él uno de sus más fieles amigos, que, más de una vez, á adelantado por él el incorruptible juicio de la posteridad. Nosotros que hemos conocido á H. Bouley, nosotros dirigimos á este hombre tan benévolo y tan bueno el triste y sincero homenaje de nuestros sentimientos y de nuestro reconocimiento.

JOURNAL DES CONNAISSANCES MÉDICALES 3 Diciembre 1885.

Monsieur Presidente de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria.

Yo tengo el honor de trasmitiros especialmente y por delegación una moción que ha sido votada por *unanimidad* por la Junta y los miembros de la Sociedad de Medicina de Angers.

Esta moción se imprimirá en el Boletín mensual de la Sociedad.

La Sociedad de Medicina de Angers, apreciando las grandes cualidades y la alta situación científica del veterinario Henri Bouley, Presidente de la Academia de Ciencias, queriendo rendirle un justo homenaje y reconocer los servicios que ha prestado á la Medicina, se asocia al duelo de las Sociedades sábias que se han hecho representar en sus funerales.

Yo tengo el honor de ser, etc., etc.

(Carta de agradecimiento.)

Carta del Presidente de la Sociedad

de Medicina Veterinaria práctica.

PARÍS 9 de Diciembre de 1885.

Al señor Presidente de la Sociedad Nacional y Central de Medicina Veterinaria.

SEÑOR Y HONORABLE COFRADE:

Yo tengo el honor de manifestaros que en la sesión de hoy la *Sociedad de Medicina Veterinaria práctica* ha tomado la iniciativa de una suscripción con objeto de levantar en la Escuela de Alfort, un monumento en honor de M. Henri Bouley.

Ella ha decidido hacer un llamamiento á todas las Sociedades científicas á las cuales M. H. Bouley ha pertenecido, con el fin de invitarlas á cooperar con ella á esta obra de reconocimiento, destinada á perpetuar la memoria del hombre eminente, que durante 50 años ha honrado con sumo esplendor la profesión veterinaria.

En su consecuencia, ha nombrado una comisión en-

cargada de entenderse con las Sociedades Veterinarias de Francia para constituir un Comité de suscripción.

Por estos motivos yo vengo, señor Presidente, á rogaros para que inviteis á la Sociedad Central á designar de su seno algunos de sus miembros y que se unan á nuestra Comisión.

Deseosos, antetodo, de dar á esta obra un carácter esencialmente veterinario, nosotros hemos pensado que convenía no dirigirse á las Sociedades científicas, siendo así que nosotros podríamos contar con el concurso de todas las Sociedades veterinarias de Francia.

Serviros aceptar, señor Presidente, la expresión de nuestras consideración más distinguida.

El Presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria práctica,

V. BORGNON.

El señor Presidente: La carta que la Sociedad acaba de oír leer había sido depositada sobre la mesa desde nuestra última sesión. Yo no quise que se diese conocimiento entónces, cuando al mismo tiempo yo leía la proposición escrita por M. Duluc en nombre de la Sociedad Veterinaria de la Gironda. La razón es que me parecía indispensable el hacerla seguir de reflexiones que no hubieran estado en su lugar en dicho momento.

La primera de estas reflexiones es que creo muy sensible que no se haya podido comprender que las más simples conveniencias hacían un deber de dejar á la So-

ciudad Central una iniciativa, que le correspondía de derecho para honrar la memoria de aquel que fué durante más de 30 años su Secretario general.

Después, preciso es, aunque bien se sabe, que una Sociedad que ha contado entre sus fundadores y sus miembros los hombres como Bouley, Barthelemy, Ivart, Renault, Rigot, Delafond, Lassaigue, Magne Urbán y Leblanc, para no hablar más que de los muertos; que tiene más de 40 años de existencia y que está reconocida de utilidad pública y que esta Sociedad, aquí, puede pretender legítimamente á no ser tratada del todo hecho bajo el punto de vista de igualdad con la primera Sociedad departamental venida. Tratándola así se falta, pues, á las atenciones que se le deben y á las cuales yo lo repito ella puede pretender legítimamente.

M. Barrier, declara que él no se asocia de ningún modo á las reflexiones poco atentas de M. Sansón, y que protesta con todas sus fuerzas contra la actitud altanera del señor Presidente enfrente de las otras *Sociedades veterinarias*.

M. Trasbot. Señores: Yo vengo á demostrar que algunos veterinarios han recibido ya un ejemplar anunciando la apertura de la suscripción propuesta por la Sociedad de Medicina Veterinaria práctica. En ella parece que figura mi nombre en la lista de los miembros del Comité que envía esta circular. Yo declaro que no he sido prevenido, que no he sido nunca convocado á una reunión de ese Comité y que no he tomado ninguna parte en la redacción de la circular en cuestión.

M. El Presidente En resumen, vos declararais que se ha hecho uso de vuestro nombre sin vuestro consentimiento.

D. Decroix. En la sesión del 11 de Diciembre actual, la Sección veterinaria militar de la *Reunión de los Oficiales*, me ha encargado que sea su intérprete cerca de la Sociedad Central para emitir el voto de elevar un monumento destinado á perpetuar la memoria de nuestro desgraciado maestro H. Bouley.

Sociedad Central de Medicina Veterinaria

Sesión del 10 de Diciembre de 1885.

Presidencia de M. A. Sanson.

El señor Presidente. SEÑORES:

Yo no tengo que enseñaros la pérdida que la Sociedad ha experimentado. Todos vosotros habeis asistido á los magníficos funerales de nuestro desgraciado Secretario general. Nuestra Sociedad ha ocupado el lugar que le correspondía.

Cuando vuestro Presidente ha sido llamado, después de otros muchos, para hablar en vuestro nombre delante de su tumba, dos de nuestros Consocios, M. Leblanc,

en nombre de la Academia de Medicina y M. Goubaux, en nombre de las Escuelas Veterinarias habían ya dicho con toda la competencia que les pertenece lo que había que decir en semejante circunstancia sobre la carrera del sábio. El ha debido desde luego limitarse á decir algunas palabras de sentimiento y de Adios.

Por lo demás, no hay duda que el sucesor que le demos nosotros, tendrá un deber cuando llegue el momento oportuno, de rendir á la memoria de M. Bouley, el homenaje completo que también ha sabido merecer.

Entre tanto, y para honrarle, tanto como se puede, nosotros vamos á levantar la sesión en señal de duelo. Pero antes yo debo daros á conocer una carta que recibí la misma mañana de los funerales, de M. Duluc, de Burdeos, órgano de la Sociedad Veterinaria de la Gironda. He aquí el contenido de esta carta.

BURDEOS 1.^o de Diciembre de 1885.

M. Sanson, presidente de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria de París.

«Yo he sabido ayer tarde la muerte de nuestro querido Maestro, Henri Bouley. Yo he reunido esta mañana la Junta de la Sociedad de Medicina Veterinaria de la Gironda y ha acordado.

« 1.^o Que en razón de la distancia de Burdeos á París y del poquísimo tiempo que se ha asignado para darle sepultura era imposible enviar los delegados á París para asistir á los funerales.

« 2.^o Que la Sociedad de Medicina Veterinaria de

la Gironda proponga á la Sociedad Central de Medicina Veterinaria de elevar un mansoleo á Henri Bouley, y que ruegue á esta última se digne invitar á todos los veterinarios de Francia para obligarles á tomar parte.

«La Sociedad de Medicina Veterinaria de la Gironda se inscribe por 200 francos, (pesetas).

«Tener la bondad, señor Presidente, de comunicar el deseo de la Sociedad de la Gironda á la Sociedad Central, rogándola que tome la iniciativa de su proposición, que expresa los sentimientos de reconocimiento y de respetuosa veneración, que todos los veterinarios de Francia serán dichosos de manifestar en favor del gran Maestro, que honró tan dignamente toda su vida la profesión Veterinaria.

Serviros aprobar, señor Presidente, la seguridad de mis sentimientos más desinteresados.

El Presidente de la Sociedad de Medicina Veterinaria de la Gironda,

H. DULUC. »

La Sociedad deliberará ulteriormente sobre la invitación á que se refiere esta carta después de haber consultado el parecer de la familia de M. Bouley.

La elección que debía tener lugar en el día de hoy se dejará para la sesión próxima.

La sesión se levantó á las tres y cuarto.

El Presidente,
A. SANSON.

El Secretario de las Sesiones,
P. CAGNY.

Sociedad Central de Medicina Veterinaria

Suscripción pública para erigir un monumento á la memoria de

M. HENRI BOULEY

PARÍS 10 de Enero de 1886.

SEÑORES:

A la noticia de la muerte de M. Henri Bouley, la Sociedad de Medicina Veterinaria de la Gironda, ha emitido la primera su ruego para que se eleve un monumento á su memoria por la iniciativa de la Sociedad Central, como expresión de los sentimientos de reconocimiento y de respetuosa veneración, que todos los veterinarios de Francia serán gustosos de manifestar en favor del gran Maestro que honró tan dignamente toda su vida la profesión veterinaria.

El mismo día de los funerales, el Presidente de nues-

tra Sociedad recibía el aviso de este ruego, que, por otra parte, estaba en el corazón y en el espíritu de todos nuestros colegas, y, desde su primera reunión, la Sociedad Central ha estado unánime para nombrar una Comisión encargada de la ejecución.

Esta Comisión ha decidido:

1.º Que por sus cuidados se erigirá un monumento á la memoria de M. Henri Bouley.

2.º Que este monumento será colocado en la Escuela de Alfort, donde ha pasado la mayor parte de su vida científica y profesional.

3.º Que se hará una invitación por vía de suscripción á todos los Veterinarios de la Francia y del Extranjero, al cuerpo médico, á todas las corporaciones sábias á las cuales M. Bouley ha pertenecido, á todos los amigos de la ciencia y á todos los amigos particulares, tan numerosos del sábio, nunca bien llorado, para que participen de esta suscripción á la cual la Sociedad de la Gironda se ha inscrito ya por una suma de *doscientos francos*.

En su consecuencia, nosotros venimos á informar que la suscripción está abierta en la Librería de los señores Asselin y Houzeau editores del *Recueil de Médecine Veterinaire* del que M. Bouley ha sido durante cincuenta años el redactor en jefe, plaza de la Escuela de Medicina en París, rogándoos os digneis formar parte.

Esta suscripción se cerrará después de trascurridos tres meses.

Serviros, señor Presidente, recibir la seguridad de nuestros sentimientos más distinguidos.

Los miembros de la Comisión ejecutiva son los señores siguientes:

M. M. Goubaux (Arm.)	Director de la Escuela Veterinaria de Alfort.
Cagni (Paul)	Presidente.
Leblanc (C. C.)	Miembro de la Sociedad Central de Medicina Veterinaria.
Mathieu (E.)	Id.
Prevost (Ch.)	Id.
Sansón (André)	Id.
Signol	Id.
Weber	Id.
Doctor Meuriot	Id.
Leon Houzeau	

El 15 de Abril se habian recaudado en las tres listas de la suscripción para erigir un monumento á M. Henry Bouley (1). 8.818 francos, (pesetas.)

La suscripción de los Veterinarios militares. 1.289'50

Total 10.107'50.

Concluida la lectura de los discursos y la opinión de la prensa, pidió la palabra el Sócio iniciador, don PEDRO MARTÍNEZ BASELGA y concedida que le fué, dijo:

SEÑORES:

Compañeros:

Hoy es el primer día de mi vida que vengo temera-

(1) D. Pedro; el Emperador del Brasil, ha contribuido personalmente á esta suscripción, rindiendo así un homenaje de respeto y cariño al Veterinario Presidente de la Academia de Ciencias de quien se honraba el ser su amigo.

rio á romper y profanar el respetuoso silencio de una concurrencia tan ilustrada como numerosa.

Desde luego adivinareis el estado de mi ánimo y el compromiso que me he impuesto al pedir la palabra. pero, si violenta es mi situación al ver que no pueden mis débiles fuerzas responder al entusiasmo que me aqueja, violentos y crueles serían mis sufrimientos si hubiera de resignarme en estos preciosos instantes á permanecer mudo y devorar en mi interior las pobres ideas que mi exaltado cerebro me sugiere.

Me cabe la honra de ser Sócio iniciador de este Centro, y como tal precisame levantarme á manifestar á voz en grito á mis compañeros, que esta velada revestida de tanta magestad, de tanta grandeza, es la que mejor responde en pró de nuestros ideales; es el primer fruto de nuestros desvelos, puesto que de no haber fundado este Centro no nos veríamos hoy favorecidos, los humildes escolares veterinarios, por la escogida concurrencia que viene esta noche á darnos una prueba de aplauso y para conmemorar el recuerdo de un sábio é ilustre Veterinario.

Yo estoy en la obligación de hacer pública la poderosísima parte que le corresponde á nuestro Muy Ilustre señor Director, Presidente honorario por aclamación, en la brillantéz de esta velada. Yo no debo omitir sus esfuerzos toda vez que ha compartido gustosísimo con nosotros sus desvelos para amenizar este sublime espectáculo; espectáculo en el que aparece con fantástico esplendor el sábio, en el que se agita en vaporosa glo-

ria una gran figura de nuestra ciencia, en el que se transparenta, en fin; el inmortal Bouley con la luminosa antorcha del progreso.

¿Que importa que Buley fuese francés para que hoy vengamos todos á rendir el homenaje que se merece el que ha sabido conquistar con su talento la admiración de todos los sabios en las distintas ramas del saber, si era un Veterinario?

¿Que importa que sucesos políticos y párrafos más ó menos salientes en la historia, fortalezcan y recrudezcan nuestro orgullo é íras patrióticas si la ciencia no las admite?

La ciencia no reconoce nación, es comopolita, como ha dicho muy bien nuestro Muy Ilustre señor Director; la verdad es verdad en todos los paises; los adelantos de la ciencia redundan en beneficio de todas las sociedades y su aplicación es siempre benéfica á toda la humanidad.

Por otra parte. ¿Porqué habíamos de despreciar á esa gran figura y no creerla digna de este ácto si ávidos y presurosos hemos de buscar sus ideas, sus sistemas, sus consejos, en fin, para nosotros aprovecharlos?

Lo propio acontecería con otras mil celebridades cuyo colosal ingenio las inmortalizó.

¿Como, pues, no inclinar la cerviz ante los ilustres nombres de Hipócrates y Galeno, de Gutenberg y Copérnico, de Galileo y Newton, de Franklin, y Le Versier de Litree y Robin, de Wirchow y Pasteur?

¿Niega Colin acaso la gloria del descubrimiento de

la circulación de la sangre á nuestro albeitar español D. Francisco de la Reina?

Insistiendo pues, y sintetizando, diré, que la tumba del sábio es el sagrario donde se confunden todas las religiones, todas las grandezas, todas las historias de los diferentes países y bajo el único y exclusivo nombre de humanidad nos aproximamos á ella á verter el llanto del dolor y depositar la corona de la victoria y del mérito.

A esto venimos hoy aquí; este sublime objeto es el que nos ha congregado, y por cierto, que yo me he levantado á causar feo contraste pretendiendo unir mi marchita y deshojada flor á la fragante y vistosa corona que vosotros habeis ofrecido al insigne Bouley; pero yo os ruego encarecidamente, yo os suplico con fervor religioso, que no la rehuyais con desdén que la guardéis bajo vuestra planta si gustais, y tened presente que si no es nacida del frondoso jardin de una esclarecida inteligencia es en cambio fruto de un sensible y entusiasta corazón.

Y tu Bouley, cuyo retrato, está presente, orlado de negro crespón en señal del duelo profundo de este Centro, si me escuchas, tu, si desde las regiones de la gloria presencias este grandioso acto, autorízame para pronunciar tu ilustre nombre, y si desoyes mi voz escucha la harmonia que exalan las más íntimas fibras de mi corazón. Deja que se confunda mi grano de arena entre los del desierto. No opongas obstáculo á la lágrima que va á precipitarse al fondo de los mares.

Bouley ha muerto si. ¡amarga verdad! pero ha pasa-

do á mejor vida y mejor vida es, sin duda, aquella en que se desconocen las flaquezas, miserias y dolores de este mundo máxime si al morir nació en la inmortalidad.

Su familia es quien sufre, sus amigos son los que se lamentan y la sociedad es quien pierde por que pierde un sábio y con él acaso muchos descubrimientos.

No he de torturar mi imaginación para buscar frases que con seguridad no encontraría, para prodigarle los elogios que se merece; tanto más, cuanto que todavía resuenan en mis oídos el eco de la voz de los hombres más ilustres, de las corporaciones sábias de la Francia, cuando estoy aspirando aún la penetrante fragancia del incienso que se ha quemado hace poco, en su holocausto.

No quiero abusar por más tiempo de la benevolencia del ilustrado auditorio, perdóneme si he sido importuno, si he sido la nota disonante, si, en fin, aparezco odioso como la enmascarada pincelada en un cuadro de Rafael. Al levantarme lo hice únicamente por un arranque de entusiasmo, por un móvil de agradecimiento, por una idea de orgullo profesional, orgullo ó satisfacción, mejor dicho justificada, puesto que aparece y brilla del seno de nuestra postergada carrera un génio que lo vemos constantemente rodeado de todas las eminencias científicas buscando honra en su amistad, placer en su palabra y ciencia en su ciencia.

Pero la causa principal que me invita á elevar la voz es la de pronunciar breves frases de agradecimiento al auditorio, al Muy Ilustre señor Director, sin olvidar en

fin, á mi querido amigo y compañero Emilio Pison; frases que no son ciertamente las que yo desearía y tan merecidas tienen por su valiosa cooperación para el engrandecimiento de este Centro que de día en día vemos progresar con veloz carrera.

Reciban, pues, las más sentidas manifestaciones de afecto todos los presentes por haber venido á honrarse hoy aquí honrando así mismo la memoria del ilustre Bouley y descanse en la gloria el que (como decía un distinguido literato a propósito del sábio D. Jenaro Casas,) nació en la oscuridad como el sol, brilló por el espacio para dar luz al universo, y se ocultó después para dar luz á otros astros.

HE DICHO.

Acto seguido pidió la palabra el Presidente efectivo del Centro, D. EMILIO PISON y CERIZA, y así que se le concedió, se expresó en estos términos:

SEÑORES:

Compañeros

No puedo permanecer inactivo é indiferente ante el grandioso acto que se realiza esta noche; ante el suntuoso monumento que se erige, en honor del ínclito Profesor, del eminente veterinario, del ilustre sábio M. H. Bouley y á fuer de Presidente de este Centro veterinario escolar, y en su nombre, ya que por mi propia cuenta fuera temerario empeño el dirigirme á tan dócta asamblea,

diré algo que estereotipe, siquiera sea pálidamente, la profunda admiración y acendrado afecto que guardo hacia aquel esclarecido génio, que al bajar al sepulcro conquistó el más envidiable de los lauros, ciñó las más brillante de las coronas, la corona de la inmortalidad.

Bien comprendo que es árdua tarea la que sobre mí he tomado y que seguramente empañará con el oscuro hálito de mis primeros pensamientos, la brillantez de esta memorable sesión; no se me oculta que habeis de encontrar débil, mezquino y haraposo lo que yo diga después de haber oído la detallada biografía dicha con la elocuencia y autoridad que á nuestro Muy Ilustre señor Director y Presidente honorario de este Centro caracterizán, y las galanas y floridas frases vertidas por mi querido compañero señor Martinez Baselga; pero confío en que si la audacia me condena ha de escusarme el buen deseo y la entusiasta fé que en estos momentos me anima.

La ciencia en su marcha incesante continuada y progresivamente creciente, ha estimulado potentes inteligencias que, ávidas por conocer sus bellezas y ansiosas de recorrer el tupido velo que encubre sus más preciosas verdades han realizado dilatadas investigaciones que traducidas en hechos cada día más brillantes y en deducciones cada día más luminosas, vienen á extender sus fulgurantes rayos á repercutir é infiltrar sus valiosísimas ideas en todos los pueblos civilizados, quienes apreciándolas en toda su trascendental importancia, apresúranse á hacerlas solidarias de su bienestar y engrandecimiento.

Era una de estas poderosas inteligencias aquel cuya memoria solemnizamos esta noche; era una de aquellas gigantescas figuras que al esclarecido talento del génio, unía los vastos conocimientos y la humilde modestia del sábio hermanada con la sublime elocuencia del tribuno y el entusiasta ardor adolescente, afliggranado todo por la cariñosa bondad del padre y la dulce enseñanza del anciano maestro. El fué quien prestó apoyo más constante, cooperación más valiosa á las doctrinas de su amigo íntimo M. Pasteur, él se constituyó en riguroso defensor, en caluroso propagandista de las ideas parasitarias, aportando con su convencitiva palabra y su bien cortada pluma no pequeña parte, al edificio de gloria y á la aureola de grandeza, que circunda á tan eminente médico.

¿Quién habrá, por lo tanto, de nosotros que no se sienta henchido de orgullo, que no tiemble de placer, al recordar aquel sábio Profesor y tan docto catedrático, que merced á su robusta voluntad, continuado estudio y esclarecida inteligencia, supo ganar los más disputados honores y gozar las más encumbradas distinciones?

¿Quien no se siente poseido de gratitud inmensa para con el que rodeado de la cegadora fastuosidad de la gloria, colocado en el más elevado sitio de la más notable asamblea científica, ocupando la presidencia de la Academia de Ciencias de Paris, aprovecha todas las ventajas de su envidiable situacion, para estender su benéfica y protectora mano, postergando añejas preocupaciones y rancias ideas, sobre sus hijos predilectos, sobre sus com-

pañeros de siempre, sobre los veterinarios, en fin, á quienes consagró durante toda una vida de continuadas vigiliás, los ópimos frutos de sus constantes observaciones y las sabrosas lecciones prácticas de su clínica experimental.

El ánimo se siente espaciado y el corazón rebosa gratitud al recordar figuras tan notables y tallas tan levantadas, y un Adios cariñoso, y tiernísimo lleva vinculado en toda su sencillez un mundo de ideas y un arcano de sentimientos profundos.

HE DICHO.

Discurso de gracias

Pronunciado por el Presidente honorario,

DOCTOR

D. PEDRO MARTINEZ DE ANGUIANO.

SEÑORES:

La ingratitud es como un vaso de agua agujereado en que se pierde cuanto se hecha.

Y como nosotros no queremos pecar de ingratos, nos hemos reunido en esta memorable noche para solemnizar el recuerdo del célebre Presidente de la Academia de Ciencias de París, del honrado varón y esclarecido veterinario, M. Henri Bouley, que con sus virtudes, talento y laboriosidad tanto bien ha producido á nuestra querida profesión veterinaria, proporcionando tantos laureos y progresos, y contribuyendo al mayor brillo de los veterinarios, así civiles como militares. Todos los que nos honramos con pertenecer á esta humilde, pero utilísima carrera, todos los amantes del estudio y del progreso de las ciencias médicas, tenemos el corazón henchido de gozo al contemplar á donde ha llegado un Veterinario, por los solos esfuerzós de su estudio, celo, aplicación y constante asiduidad. Al colocarse por sus bellísimas y excepcionales cualidades en la cúspide de la

sabiduría, en el año de 1885, se ha coronado del mayor resplandor á que puede aspirar un sábio y cuya luz refleja sobre todos los que le admiramos. Tanto y tan bueno ha hecho durante su vida en nuestra profesión, que yo me atrevo á profetizar que no se borrará jamás de la mente de todos los buenos veterinarios del mundo entero.

En su virtud ¿que pudiera yo decir de tan valioso campeón de la veterinaria, que no fuese pálido y debil después de tanto y tan escogido como han leído y pronunciado los dignísimos Socios de este Centro Veterinario Escolar y que con tanta benevolencia como admiración habeis escuchado y calurosamente aplaudido? ¿Que me resta á mí, para poner término á esta brillantísima sesión en honor á tan grande hombre? Dar las gracias á todos y cada uno de los que con tanta finura, galantería y amabilidad nos han honrado, con su presencia, contribuyendo á dar mayor solemnidad á este acto. Faltaría, pues, á mi deber si desde lo más recóndito de mi corazón no mostrase mi eterna gratitud por el grandísimo favor que nos han dispensado acudiendo á esta velada.

Sentiría en el alma no interpretar bien los deseos de la dignísima Junta Directiva de este Centro al dar las gracias, y más aun, si por un olvido involuntario dejase de mencionar alguno de los señores presentes.

Empezaré, pues; felicitando y congratulándome de ver en este recinto al virtuoso y sábio sacerdote, Don Francisco Sales Gaspar, Doctor en Sagrada Teología,

Licenciado en Derecho Civil y Canónico, matriculado en el Doctorado, premiado, por oposición, y obtenido el grado de Licenciado en Teología, gratis, por oposición, Ex-Párroco, por oposición de Tierga, Villafeliche, Taus-te y Urrea de Gaen, Ex-Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de Valladolid, y hoy Beneficiado de la Santa Iglesia Metropolitana de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, quien con su presencia ha venido á probar una vez más el cariño que nos une hace treinta años, y que, como representante de la Iglesia, el catolicismo no es refractario al progreso de las Ciencias, cuando estas estan cimentadas en las verdaderas doctrinas de nuestra sacrosanta religión católica, apostólica romana.

Omisión grande sería si no demostrase mi cariñosa gratitud al aventajado y celoso Maestro superior, don Francisco Muñoz, que con tanta abnegación como finura, amabilidad y desinterés cede gratuitamente este salón-escuela con todo su menage, engalanado é iluminado con sumo gusto y elegancia, donde los Socios de este Centro celebran sus sesiones hebdomedarias, todos los sábados, sufriendo con este motivo las muchísimas molestias consiguientes á esta clase de reuniones, con lo cual demuestra su grande amor á la instrucción y enseñanza; reciba, pues, tan distinguido Maestro las más espresivas gracias en nombre del citado Centro y en el mío propio.

Hago honrosa mención del reputado Profesor clínico, por oposición, de esta facultad de Medicina y acreditado médico de Zaragoza, D. Angel Gomez de Carrascón. Consócio mio en la Real Sociedad Económica Aragone-

sa de Amigos del País y en la Asociación internacional de la Cruz roja, que con su acreditado cariño á las ciencias médicas ha venido á presenciar nuestra velada.

No dejaré de citar á mi distinguido condiscípulo y amigo D. Simeón Mozota y Sanz, Profesor veterinario de primera clase. Subdelegado é inspector de carnes, por oposición, en esta ciudad etc., etc.

A mi querido amigo D. Manuel Ibañez y Andelo, Profesor veterinario de primera clase é inspector interino de plazas y mercados de Zaragoza, establecido en el Arrabal.

A mi apreciable discípulo y paisano D. Rufino Saenz de Buruaga, Profesor veterinario é inspector de plazas y mercados, por oposición, en esta capital.

A mis apreciados discípulos, y hoy comprofesores, don José Palacios y Fenero, Profesor veterinario de primera clase é inspector de plazas y mercados de Zaragoza.

D. Miguel Abad y Colás, Profesor veterinario establecido en el Arrabal de esta población.

Y al Maestro albeitar D. Marcelino Labadía y Gimeno, establecido en esta ciudad.

Doy así mismo las gracias á los dignísimos veterinarios militares que se han dignado presenciar nuestra Sesión extraordinaria en honor de M. H. Bouley.

D. Rafael Fores y Muret, Bachiller en Artes, pensionado que fué, por oposición, en la Escuela Veterinaria de Zaragoza, Profesor veterinario de primera clase y Primer Profesor del Regimiento de Castillejos, 18, de caballería.

D. Anastasio Berguices y Fernandez, Tercer Profesor veterinario de la Sección de Sementales de Zaragoza.

D. Demetrio Galan y Gimenez, Bachiller en Artes, sobresaliente en todas las asignaturas, premiado, por oposición, en todos los cursos de la carrera, pensionado y alumno interno que fué, por oposición, en la Escuela Veterinaria de Zaragoza, Tercer Profesor veterinario, por oposición, del segundo Regimiento divisionario de Artillería, vocal del tribunal de exámenes de enseñanza libre en Veterinaria, Secretario del Comité de la Sociedad Madrileña protectora de los animales y las plantas en Zaragoza y cursante de la Facultad de Medicina.

D. José Vizcaino y Sanchez, Tercer Profesor veterinario, por oposición, del segundo Regimiento divisionario de Artillería,

No puedo menos de mencionar con placer.

A D. Vicente Lafuerza y Erro, alumno sobresaliente del sexto grupo de la facultad de Medicina, pensionado, por oposición, en las clínicas de el hospital de Nuestra Señora de Gracia, Presidente del Centro Médico-Escolar de Zaragoza, jóven de bellísimas prendas en todos conceptos.

A D. Pedro Ruiz y Santolaya, cursante del sexto grupo de Medicina y del cuarto de Ciencias, sobresaliente, alumno interno, por oposición, en las clínicas de esta facultad, Vice-Presidente del Centro Médico Escolar y aplicadísimo como pocos.

A D. Angel Monreal Delegado de la Asociación de la Cruz roja en Tafalla.

A D. Marcelino Morales y Brocate cursante en el Seminario Conciliar de esta capital.

A D. Juan José Moreno y Sanchez, Maestro de montaje del cuerpo de artillería de esta plaza y á todos los artistas y artesanos de todas clases que nos han honrado presenciando esta sesión.

Y á vosotros, mis queridísimos discípulos, socios ó no del Centro Veterinario-Escolar, ¿qué os diré que sea digno de gravar para siempre en vuestros jóvenes cerebros? En primer lugar que procureis ser temerosos de Dios, buenos cristianos, sumisos y obedientes á vuestros padres y maestros, pues el que ama á Dios y honra á sus padres, maestros y mayores en edad, dignidad y gobierno se verá protegido por la Divina Providencia y apreciado por la Sociedad, que también sabe distinguir lo bueno de lo malo, el oro de ley del oropel.

Que huyais del vicio y de la corrupción, que por desgracia, tanto abundan en el día. Que seais estudiosos, aplicados, honrados y ávidos de sabiduría, pues aunque el hombre estudioso pasa su vida en el árido camino del trabajo, en busca de la verdad, se ve recompensado con el aprecio de sus semejantes; y, por el contrario, los que huyen del estudio se encenagan en los goces materiales y en los vicios que suelen dañar la parte material del cuerpo con detrimento de la salud y corrompen la parte moral estando expuestos á perder su alma.

Para terminar, me permitiré deciros, rebosando de gozo, que habeis cumplido con un deber honroso acudiendo á esta velada á rendir un expresivo y cariñoso

tributo de admiración y respeto á la memoria del nunca bien ponderado M. Henri Bouley, honra y prez de la veterinaria, no solo de la Francia, ni de la Europa sino del Universo; del que ha sabido unir al brillo de sus virtudes el celo por la enseñanza, la asiduidad del trabajo y el grandísimo amor por el progreso de todas las ciencias, y, en especial, de la veterinaria; del que ha dejado de existir legándonos un alto ejemplo que imitar y una grande y noble enseñanza que seguir.

Pruebas teneis ya dadas, los más, de vuestra afición al estudio y de la firmeza en el deber; pero al acoger con sentida y dolorosa admiración la necrología del eminente Bouley, habeis demostrado que os identificais con el sentimiento que inspiró la meritoria vida del insigne veterinario, que tan justamente lloramos, y que sois capaces de imitarla hasta donde os alcancen las fuerzas, sometiéndoos á las continuadas pruebas que exige una senda de sacrificios propios cuando en aras del deber se imponen.

Al hacer público y merecido testimonio de vuestra generosa actitud os saluda con el cariño que sabeis os profesa de todo corazón vuestro Presidente honorario.

HE DICHO.

(Grandes y nutridos aplausos coronaron la terminación de este discurso como lo habian sido todos los demás.)